

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1872. — Tomo XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general y Redaccion : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 31. — N° 1,020.

SUMARIO.

Excursiones veraniegas : Los baños de mar de Houlgate-Beuzeval; grabado. — **Revista española.** — **Curiosidades parisienses :** Los baños frios en el Sena; grabado. — **El « Vado japonés ; »** grabado. — **Revista de Paris.** — **Exposicion de 1872;** grabados. — **Salomé Gil.** — **Estudios históricos :** La vida y hechos de Atila. — **Excursion por el Mediodia de Francia :** De Tarascon á Arles; grabados. — **¿Qué hará de ello?** novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — **Estrasburgo :** La antigua bandera. — **Las nuevas obras de fortificacion ;** grabados.

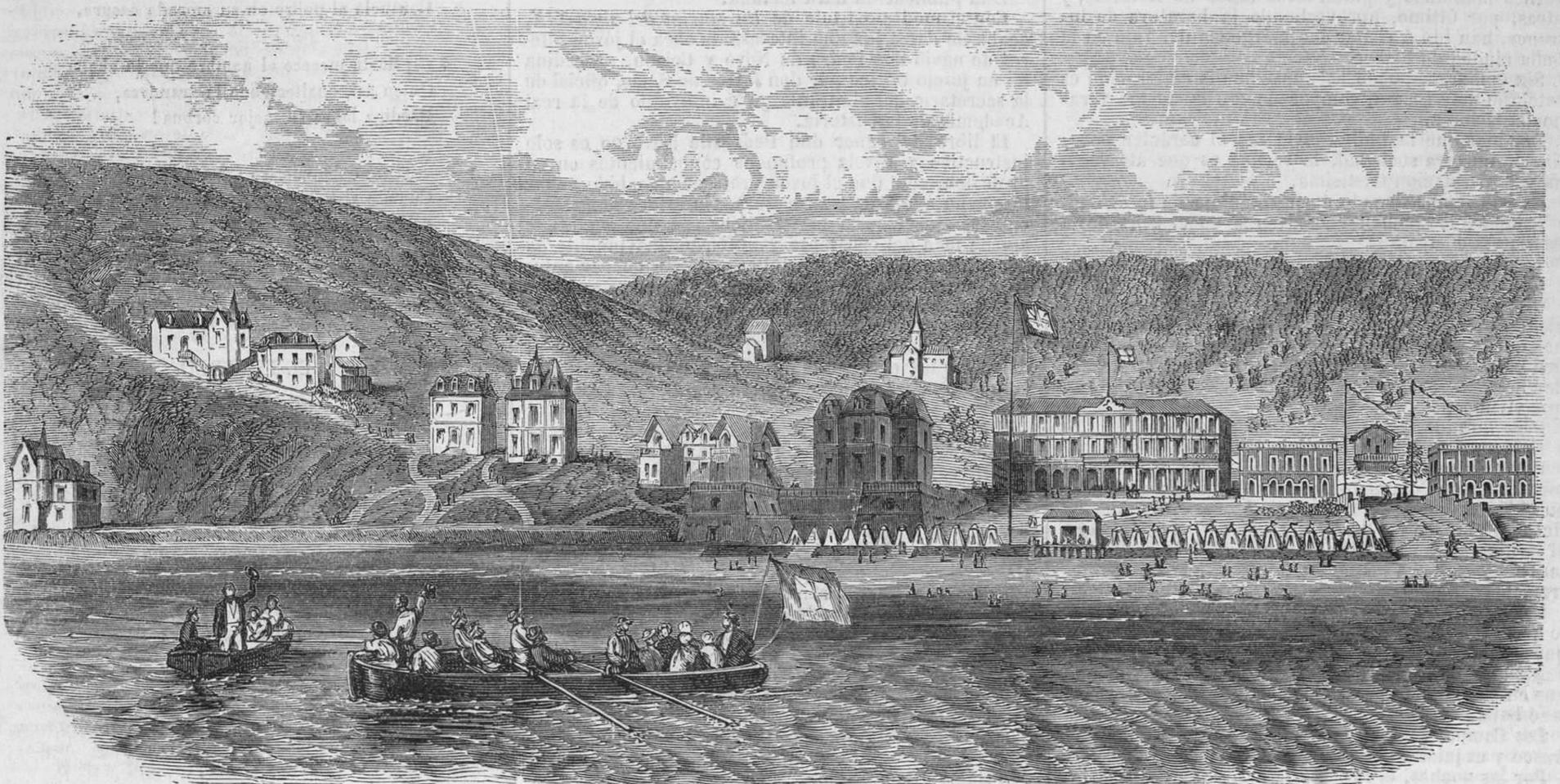
Excursiones veraniegas.

LOS BAÑOS DE MAR DE HOULGATE-BEUZEVAL (FRANCIA).

Cuando despues de haber subido la cuesta pintoresca que domina Pont-l'Évêque, se recorren veinte kilómetros mas las risueñas campiñas que adornan la planicie adonde se ha segado, se descubre de repente un espléndido panorama, de una extension inmensa : es el magnífico valle de Auge, lleno de hermosos prados y de grupos de árboles seculares. De distancia en distancia, una nubecilla de humo azul que sale por entre el follaje, revela la existencia de una de esas

bonitas casas de recreo que poseen los felices habitantes de la comarca. Un modesto rio, el Dive, corre lentamente por el fondo del valle, y la vista puede observar sus graciosas sinuosidades entre los verdes prados, donde los bueyes metidos en la yerba hasta medio cuerpo, esmaltan con variados colores tan armonioso paisaje.

El riachuelo tiene sus pretensiones, se arroja en la mar, y hasta forma un puerto que pasa por el mas antiguo de la Normandia. La tradicion que cuentan los habitantes de la pequeña poblacion situada en la orilla derecha en la boca del rio que la ha dado su nombre, dice que en Dive se embarcó Guillermo, duque de Normandia, cuando salió á la conquista de Inglaterra.



Los baños de mar de Houlgate-Beuzeval (Calvados).

A corta distancia del río, y también en su orilla derecha, una cañada, separada del valle de Auge por altas colinas, viene, paralelamente á este, á perderse en el Océano; y una playa de arena fina, de suave pendiente, con verdes praderas que solo cesan allí donde el agua salada impide la vegetación, ofrece uno de esos retiros tan gratos para el artista y el poeta.

Una reunión tan rara de árboles vigorosos y del soberbio espectáculo del mar, de bellos pascos y de vastos horizontes, no debía permanecer eternamente ignorada. Con efecto, el pueblecillo de Beuzeval, perdido bajo los árboles á la entrada de la cañada, debía tener por fin su día de gloria; ayer era un punto ignorado, hoy todo el mundo le conoce, y eso porque el acaso llevó allí á un hombre de talento que iba á buscar el aire puro para una hija que idolatraba. Obtenida su curación, volvió allí por gratitud, y sucedió que en un lugar donde apenas se encontraba lo necesario, se encuentra hoy hasta lo superfluo.

El ejemplo es un gran aliciente: por todas partes levantan bonitas casas campestres de todas formas y aspectos en derredor de la bella playa. Un hotel que pueden envidiar las grandes ciudades, se edificó como por encanto. ¡Qué de razones para que la moda tome bajo su protección tan delicioso sitio!

Como en las nuevas ciudades de América, los dos primeros monumentos que se vieron en la playa de Beuzeval, han sido una iglesia y un hotel, el alimento del alma y del cuerpo. Ya hemos dicho algo del hotel; y en cuanto á la iglesia, diremos que es un precioso edificio de estilo bizantino, muy bien adornado interior y exteriormente.

La vida que se hace en Beuzeval es mas sosegada que la que se acostumbra en otros establecimientos análogos; Beuzeval es respecto á Trouville lo que Plombières respecto á Baden. Es lo que se llama la vida de familia, elegante, fácil, animada por una franqueza y cordial alegría. P. B.

Revista española.

El verano. — Los viajes. — Filosofía. — Diversiones. — Un banquete. — Libros nuevos. — Poesías. — Los hacendistas españoles. — Crímenes. — Una enfermedad rara. — Una broma pesada.

Una enfermedad de la que, gracias á Dios, estoy repuesto, me ha obligado á retardar mi revista.

El verano nos ha sorprendido con unos calores insostenibles, y la guerra, privando á los madrileños de la apacible temperatura de las Provincias Vascongadas, aumenta su disgusto.

Bien es verdad que como la costumbre es ley, muchas familias, necesitando veranear á toda costa, se han dirigido á Santander, otras han arrojado los inconvenientes de la diligencia y se han lanzado á las verdes montañas y pintorescos valles de Asturias, y otras, por último, aprovechando la baratura de los trenes, han ido á visitar las márgenes del Tajo en la bella ciudad de Lisboa.

Sin embargo, puedo asegurar que la emigración es este año muy escasa, comparada con la de los veranos anteriores.

Por mas que la indiferencia sea el carácter peculiar de nuestra sociedad, la verdad es que atravesamos una situación tristísima.

La política ha llegado á ser sinónimo de ferocidad. Los partidos luchan como fieras en el seno de la patria y la destrozan.

La guerra civil arde.

El dinero se esconde.

Y si son muchos los que buscan en una continua alegría el modo de ahogar sus penas, no faltan algunos que retirados en la soledad del hogar meditan sobre las calamidades presentes, y se fortalecen para dar la gran batalla, que ha de dar nombre al siglo en que vivimos.

Pero no filosofemos.

Hablemos de los que se divierten.

Estos tienen para su recreo animadas corridas de toros todos los domingos, y durante la semana ópera en el Teatro de Madrid, ejercicios ecuestres y gimnásticos en el Circo de Price, zarzuelas y conciertos en el jardín del Buen Retiro, y por añadidura cafés cantantes parecidos á los de París en casi todos los extremos de la población.

Los paseos están concurridísimos, deslumbra el lujo que en ellos despliegan las damas, y todo hace creer que la mas apacible felicidad nos sonríe.

Algunas familias aristocráticas reciben á sus amigos en sus quintas próximas á Madrid, y allí se canta y se baila.

Los Campos Eliseos y el Parque de Madrid ofrecen fresco y exquisito chocolate á los madrugadores.

Por las noches, el Prado y la plaza de Oriente brindan apacibles horas á los que no pueden frecuentar los teatros.

Los conciertos particulares menudean.

La afición á la música se desarrolla por momentos.

Ocupémonos un instante de la *Filarmónica de Madrid*, que, sin miedo á *l'avenir*, ha celebrado su segundo concierto la semana anterior, en medio de una escogida y numerosísima concurrencia. Damos cabida á su programa, por lo ameno y excitante.

PRIMERA PARTE.

1º *Overtura del Médecin malgré lui*, arreglada para la orquesta por el señor Alvarez, de Gounod.

2º *Romanza* para baritono de la ópera *Torquato Tasso*, cantada por el señor Hunt, de Donizetti.

3º *L'abbandono*, duo de violoncellos con acompañamiento de piano ejecutado por los señores Gerner, Leal y Mirecky, de Pezze.

4º *Aria de tiple* de la ópera *Fausto*, cantada por la señorita Carrillo de Albornoz, de Gounod.

5º *Le Songe*, melodía arreglada para la orquesta por el señor Espino, de F. David.

SEGUNDA PARTE.

1º *Trio* para piano, violin y violoncello, ejecutado por los señores Quesada, Espino y Mirecky, de Rubinstein.

2º *Oda á Santa Cecilia*, para tiple, cantada por la señora Nuevos de Hunt, acompañada con el violoncello por el señor Mirecky.

3º *Les adieux à l'étranger*, dos melodías arregladas para los instrumentos de cuerda, por el señor Alvarez, de Rosenhain.

4º *Trémolo*, solo de flauta ejecutado por el señor marqués de Bogaraya, de Demersmann.

5º *Fantasia sobre motivos de la ópera Guillermo Tell*, arreglada para la orquesta por el señor Brocca, de Rossini.

Esta sociedad, que cuenta con los *dilettanti* mas distinguidos de Madrid, está llamada á influir poderosamente en las costumbres de nuestro pueblo, si es verdad, como dicen, que la música domestica las fieras.

Voy ahora á daros cuenta de un acontecimiento literario-culinario.

Hace pocos dias que en uno de los salones del acreditado Llardy celebró con un banquete el editor don Manuel Guijarro la inauguración de la nueva obra que está dando á la estampa, *las Mujeres españolas, portuguesas y americanas*.

Unos sesenta convidados acudieron á la cita.

Presidió el señor Guijarro, teniendo á su derecha á los señores Rios y Rosas (don Antonio), Albareda, Escobar, y á su izquierda los señores Ayala, Castelar, Navarro Villoslada.

Entre los convidados se hallaban también los señores Castro y Serrano, Campoamor, Villergas, Palmaroli, Puebla, Casado, Escrich, Palacios, otros muchos que no recordamos, y los directores de algunos periódicos.

Al final, el señor Guijarro dió las gracias á los circunstantes por haber aceptado su invitación, diciendo algunas palabras acerca de la obra, que se inauguraba con aquel convite.

Esta publicación hará fortuna.

Con el modesto título de *Un marino del siglo XIX*, acaba de dar á luz una interesante obra el joven alférez de navio don Pedro de Novo y Colson, precedida de un juicio crítico por don Javier de Salas, oficial de la secretaría del almirantazgo é individuo de la real Academia de la Historia.

El libro del señor don Pedro de Novo no es solo instructivo y revela profundos conocimientos en su profesión, sino que el joven profesor ha sabido aunar lo ameno á lo útil; y su lectura, sin áridas demostraciones, sin cálculos matemáticos, da una sucinta y amena idea del constante y uniforme movimiento de los astros que ruedan por el espacio sin chocar entre sí, á pesar de la velocidad de su marcha.

El señor Novo resume en pocas páginas la teoría de los huracanes, explica las varias maniobras á que da lugar á bordo de un buque el grito de « hombre al agua, » y las emociones que experimenta la tripulación al conocer el peligro que corre uno de sus individuos.

Y todo esto y mucho mas de que no podemos ocuparnos por falta de espacio, lo dice el señor Novo en un lenguaje castizo y en diálogo animado.

Entre los nuevos libros puedo citar uno de Fernandez y Gonzalez, digno de su brillante pluma de novelista.

Titúlase *las Cuatro barras de sangre*, y es la historia novelesca del principado de Cataluña.

La ha publicado el señor Manini, que muy en breve va á dar á luz dos novelas mías, titulada una *el Puente de los ahorcados*, y la otra *el Capitan Loyola*, á quien profesa inmensa admiración.

Dire algo aquí de dos preciosos libros recientemente publicados, que están llamando la atención de los aficionados á la verdadera poesía.

El uno se titula *Bosquejos*, el otro *Un cuento de amores*: aquel ha merecido los honores de un prólogo de don Ramon Campoamor.

Juan San Juan se llama el autor de los *Bosquejos*, y es joven de escasos años. Bien se adivina al leer los primeros versos del tomito. Nótese en ellos una fres-

cura, una lozanía, una brillantez que revelan la juventud.

Hé aquí algunas de las líneas de las que Campoamor escribe acerca del nuevo vate:

« El señor San Juan es un poeta que empieza por ser notable, y que acabará por ser eminente. En este tomito, que con verdadero entusiasmo recomiendo, se verá que el señor San Juan incluye letrillas mejor escritas que las de Góngora y Quevedo, y composiciones de índole filosófica, que, si las llamase *Doloras*, diría que son infinitamente mejores que las que ha hecho nunca ni hará jamás el que las inventó.

» Si me propusiese dar aquí la razón de por qué este joven poeta es tan simpático en la actualidad, y espero tanto de él en lo porvenir, no sabría decir mas, porque posee el secreto del arte: porque *sabe ver y sabe pensar*. »

El elogio de persona tan competente hace inútiles los míos; hay además otro medio de justificarlo, y es copiar algunas de las composiciones de San Juan.

¿Cual? la elección será difícil: todas me encantan por su soltura; todas me cautivan por su profundidad.

Eligiré, por lo breves y por lo excelentes, dos sonetos: el uno se titula *el Arte*, y dedica á la simpática y distinguida artista doña Virginia Burriel. Dice así:

Planta marchita que en páranos de hielo
Bajo el aliento de la noche oscura,
Tu frente aparta de la tierra impura,
Porque un rayo de luz llega del cielo.

Pájaro altivo, despeñado al suelo,
Que te quejas perdido en la espesura,
Vuelve á mirar la codiciada altura,
Lánzate allá con poderoso vuelo.

¡Humanidad! Tu aspiración levanta
Al sol del arte que los mundos llena,
Y el amor, la virtud, la gloria canta!

Esclavo de la duda y de la pena,
Solo así nuestro espíritu quebranta
El bárbaro rigor de su cadena.

El otro, dedicado á la señora duquesa de Bailen, con el título de *el Mejor blason*, no es menos notable por la entonación y por los pensamientos. Véase aquí:

Ilustre dama, cuya frente pura
Un timbre ostenta de la gloria hispana,
Por el amor del bien tanto se afana
Que solo hacerla ajena es su ventura.

Las artes de su patria honrar procura
Y una mansion les cede soberana;
Mientras que, oculta y con piedad cristiana,
Consuela al pobre en su morada oscura.

¡Harto merece el nombre que la abona
Quien así, enalteciendo la grandeza,
Pródiga labra su mejor corona!

¿Qué debe vuestra fama á la riqueza
Cuando al hablar de vos ya se pregona
« Mas vale su virtud que su nobleza? »

Del segundo libro de Soriano, tomo para regaláros las las dos bellísimas composiciones que siguen:

EL INVIERNO.

Del invierno mensajera
Es de noviembre la brisa,
Y en ráfaga pasajera
Cubre de hojas la pradera,
Que caen del árbol á prisa.

Ya no se ven de las flores
Las perfumadas corolas;
Ni el ruiseñor canta amores;
Y han perdido sus colores
Las silvestres amapolas.

El cierzo las ramas mueve,
Calla el insecto y el ave;
Y bajan con paso leve
En remolino suave
Los blancos copos de nieve.

La creacion yace dormida
Del sol al pálido rayo,
Hasta que, al fin sacudida
Del letargo, la den vida
Las auras de abril y mayo.

LA PRIMAVERA.

El benéfico sol de primavera
A los árboles presta nueva vida;
Y torna hermosa la erial pradera
De aromáticas flores ya vestida:
Con deliciosa y sin igual carrera
Se desliza la nieve derretida,
Y perfuman las brisas licenciosas
Moradas lilas y fragantes rosas.

En el ágrío barranco, las perdices
Hacen oculto su redondo nido;
Y en el llano feráz, las codornices
Lo tienen entre yerbas escondido:
Esmaltan por do quier verdes matices
El monte, de pinares revestido,
Y negros cuervos y maricas locas
Pueblan las crestas, las peladas rocas.

Resuena de la selva en el ramaje
De amantes ruiseñores la armonía;
Con amoroso y desigual lenguaje
Cantan las aves al venir el día;
Hasta el mísero insecto en el follaje
Murmura su pasión con melodía,
Y amores canta la creación entera
Al benéfico sol de primavera.

Ya que os he conducido al jardín de mi revista, es decir, ya que os he hecho entrar en la hermosa mansión de la poesía, leed esta plegaria, y los que tengais hijos, grabadla en su corazón.

Señor de los cielos,
Señor del espacio
Que llena con mundos
Tu genio creador,
Atiende mis preces,
Escucha los ruegos
Del alma que llora
La fe que perdió.

Del mundo en la senda
Mis plantas hirieron
Abrojos y espinas
Que el vicio sembró;
La luz de la aurora
Mis lágrimas viendo
Sus mágicos rayos
En sombras trocó.

Del templo cristiano
Llegué á los dinteles,
Y allí el alma pura
Su pena al curar,
Vió azules los cielos,
La vida mas bella,
Y el vicio engañoso
Cruel y procaz.

Yo adoro tu mano,
Señor poderoso,
Pintando en la esfera
Del alba el color;
Yo adoro tu genio
Que inunda el vacío
Con miles de soles
Que ordena tu voz.

Contemplo los valles
Cuajados de flores,
Y al cielo mi acento
Dulcísimo vá;
Y adoro en el día
Tu régia grandeza,
Y adoro en la noche
Tu genio inmortal.

Perdona á la infancia
Sus mágicos sueños,
Perdona sus goces
Que matan la fe;
Y alados querubenes,
Los niños mas puros,
Entonen mil coros
Cantando á tus piés.

El autor de estos sentidos y sencillos versos es don Juan B. Pastor, poeta valenciano.

No sin razón me piden algunos lectores que les hable algo más del libro de Modesto Fernández y González sobre los *Hacendistas españoles* que les he dado á conocer.

Su forma es encantadora y enseña mucho deleitando.

Muy en breve formará un tomo que mis lectores saborearán.

Entre tanto y para que deseen más y más poseerlo voy á reproducir el capítulo que dedica á dar á conocer los ministros de Hacienda del siglo pasado.

Los lectores recuerden que la obra forma animado diálogo entre un sabio doctor y su discípulo.

El segundo pregunta al primero:

— ¿Qué hacendistas son, querido doctor?

— Hijo mío, los ministros de Hacienda desde principios del siglo XVIII hasta la muerte de mi rey y señor Don Fernando VII, excluyendo los liberales de 1808 á 1814 y de 1820 á 1823.

— ¿Conoce Vd. sus escritos y los resultados de su gestión financiera?

— Si los conocí, ¡qué varones tan eminentes! ¡qué repúblicos tan entusiastas! ¡qué caracteres tan honrados! Al acordarme de aquellos tiempos, donde se buscaban los hombres para los altos puestos, á diferencia de hoy que se buscan los políticos para los destinos, el corazón se ensancha y se envanece la inteligencia. Durante el reinado de Felipe V florecieron dos ilustres hacendistas, Patiño y Campillo, que han llegado en fuerza de merecimientos á los Consejos de la corona. El primero era un sabio; baste decir á usted que estuvo en la compañía de Jesús, y los jesuitas son los hombres más ilustrados de la tierra. El segundo escribió dos obras muy curiosas, y fué tan buen ordenador de marina en Europa y América, que su disposición le ha llevado al ministerio.

— No lo dudo, doctor, pero observo que olvida usted á dos de los servidores de Felipe V.

— ¿A quienes?

— Al marqués de Grimaldo, primer ministro del rey y grande admirador de la princesa de Ursinos, que descendió de la cumbre del poder para ir al destierro, y al duque de Riperdá, holandés primero, español más tarde, muy amigo del monarca, hasta el punto de que la gente creía que era, sin serlo oficialmente, el verdadero ministro en todas las secretarías.

— No he citado, amigo mío, esos hombres, aunque presumo el objeto malicioso con que Vd. lo hace, porque en realidad no eran hacendistas.

— Dispense Vd., doctor; ha sido un breve paréntesis. Sigamos adelante.

— Durante el reinado de Fernando VI aparece una gran figura, un genio, cuyo nombre solo puede pronunciarse con el sombrero en la mano. Descubramos ante su memoria. Es el marqués de la Ensenada. Como hacendista, realizó el catastro, como hombre de ciencia, fundó el colegio de medicina de Cádiz. La marina le debe mucho; los hombres estudiosos más todavía, y las obras públicas, el desarrollo que han tenido en aquella época. De estos ministros abundan poco en el sistema constitucional.

— Una de las obras de misericordia es elogiar á los muertos, querido doctor. Digo esto, porque en vida, el marqués de la Ensenada, á pesar de su saber y de su ciencia fué desterrado, confiscándole los bienes, y sus cenizas reposan en Medina del Campo.

— Su destierro se debió á una intriga inglesa, repuso el venerable anciano.

— Fuese británica ó lusitana la intriga, el caso es que sufrió persecución del poder.

— En tiempo de Carlos III figuraban el marqués de Esquilache, persona de gran instrucción financiera, y don Pedro de Sirena, ministro poco gastador, que administraba con acierto é impedía que los pájaros se comiesen la miés del Tesoro, llegando á iniciar los presupuestos.

— Verdad, doctor, pero no lo es menos que Esquilache promovió, con culpa ó sin ella, el célebre motín de su apellido, por el monopolio de los artículos de primera necesidad y al destierro ha tenido que ir también.

— El rey no por eso dejó de dispensarle su aprecio, como merecían su buen carácter y relevantes cualidades. Ahora bien: en el reinado de Carlos IV, estuvieron al frente del ministerio de Hacienda, entre otros, don Diego Gardoqui, don Pedro Varela y don Francisco Saavedra, tipos caballerescos de honradez, y el antiguo catedrático de cánones de la Universidad de Palma, don Miguel Cayetano Soler. Los tres primeros han publicado otras tantas *Memorias* ministeriales, que revelan su profundo saber y su carácter entero; el último intentó reformas importantes en la riqueza pública, tuvo el valor de decir la verdad, de decir á su país respecto del estado del Tesoro, angustioso entonces por las guerras exteriores.

— Nada tengo que oponer, doctor, á su buen juicio. Solo me permitiré una observación, y es que el señor Soler se quejaba del excesivo número de individuos del clero regular y llegó á proponer que el Estado se incautase de los sobrantes de las corporaciones religiosas. Por lo demás, el ministerio del señor Gardoqui es bien digno de aplauso. Necesitaba recursos para las atenciones de la guerra, y los encontró con escaso quebranto, creando, en honra suya y de su país, el fondo de amortización.

— Siguiendo el orden de mis ideas, añadió el doctor, dire á Vd. que Fernando VII, antes y después del cautiverio de los liberales, tuvo por ministros de Hacienda á don Martín Garay y á don Luis López Ballesteros. Aquel modelo de patriotismo en la guerra de la Independencia, entendido como pocos en materias financieras. Este, administrador diligente, partidario de reformas útiles y positivas y de vastísimos conocimientos en el ramo.

— Ciertamente que ambos ministros valían mucho, y eran superiores á aquella administración y á aquel gobierno. Garay quiso hacer participe de las cargas públicas á dos clases, entonces avasalladoras y prepotentes, y las intrigas de los envidiosos unidas á los ayes de los lastimados le malquistaron con la corte, hasta el punto de presentar su dimisión. Ballesteros luchó á brazo partido con la rutina y la ignorancia, pudiendo sostenerse porque le consideraban necesario, y aun así á duras penas. ¡Cuántas amarguras ha tenido que devorar en silencio el ilustre hijo de Galicia!

— Esos eran los ministros de la Hacienda de la monarquía tradicional. Modestos en su traje y en sus costumbres; de vida metódica y arreglada; estudiosos por vocación y por deber; esclavos de su palabra y leales por naturaleza, estuvieron al lado de los reyes desde Felipe V hasta nuestros días. Pobres han vivido, en medio del lujo de la corte, y pobres han muerto.

— Vamos, doctor, que el marqués de la Ensenada no aparecía tan pobrecito en vida, cuando concurría lleno de diamantes á las recepciones de palacio.

— Sí, pero al morir dejó todo su caudal á los pobres, lo que no hacen Vds. los liberales.

— Los liberales hacemos otro tanto, y es fundar escuelas, colegios y hospitales, como tendré el honor de probarlo con hechos otro día.

— Además de los ministros de Hacienda que he citado, y que tanta y tan provechosa influencia ejercieron en la gobernación del país, la monarquía tradicional puede presentar á Vd. notabilísimos economistas, no al uso de ahora, sino nacidos y educados en el estudio. En el siglo XVI, Martínez de la Mata, gran escritor, cuyos memoriales y discursos económicos del tiempo de Felipe IV, constituyen la mejor obra de economía política dentro y fuera de España, y su defensa de los gremios en las artes, como el mejor nutrimento de la réplica, es un trabajo digno de examen.

— Reconozco, doctor, la suficiencia y el mérito de Martínez de la Mata; tanto que Campomanes, deseando reimprimir el libro que no se encontraba en las bibliotecas, mandó traer un ejemplar de Mejico, y figura como apéndice á su precioso tratado de educación popular.

— En el siglo XVII, don Diego Dormer, autor de unos discursos verdaderamente originales y superiores á su tiempo, Alvarez Osorio, que censura el gravamen de los impuestos, y en el siglo XVIII Campomanes, que dedicó su inteligencia al servicio de la patria...

— Permitame Vd. que le interrumpa, doctor. Los liberales se acordaron de Campomanes, bautizando con su nombre la nueva calle abierta en el ex-convento de Santo Domingo de esta corte.

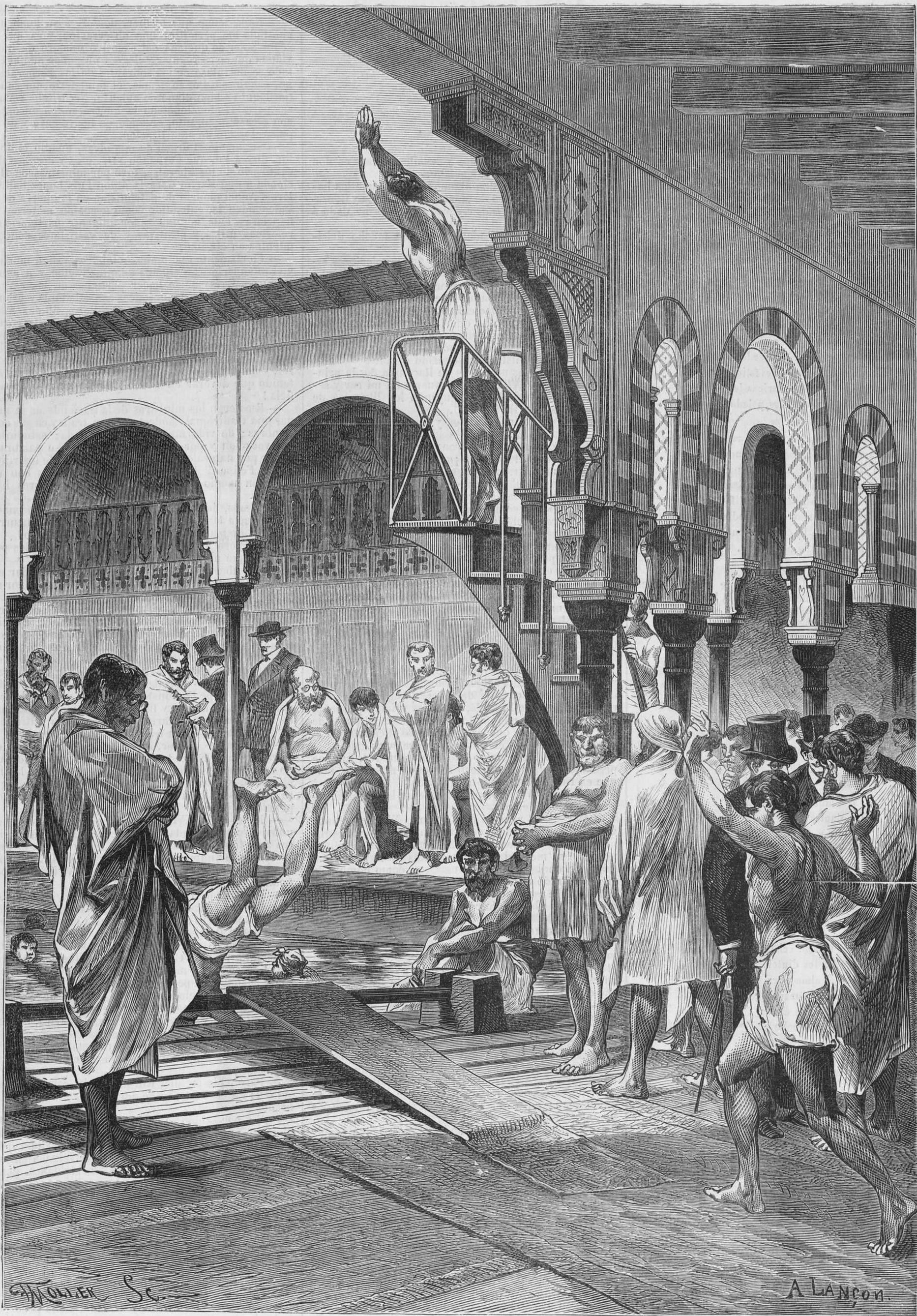
— Alguna cosa buena habían de hacer entre tantas malas que realiza. Campomanes escribió, entre otros trabajos, todos de mérito, el discurso sobre el fomento de la industria popular, la regalia de amortización, y la tasa y comercio de granos. A él se debe que se hayan declarado compatibles con la nobleza muchas artes y oficios, el comercio libre con América, la erección del Banco Nacional, las sociedades económicas y las franquicias á muchas primeras materias. Sus esfuerzos se vieron coronados con el éxito más favorable.

— Pero nada me dice Vd. de que ha combatido con valor el atraso material de aquellos tiempos tan celebrados por usted.

— Eso por sabido se calla, dijo el noble anciano. En el siglo XVIII, florecieron don Francisco Cabarrús, autor de un proyecto de Banco nacional, partidario del desestanco del dinero, y persona muy versada en materias económicas, y el conde de Floridablanca, generoso protector de las artes, de las ciencias y de las letras, cuya *Memoria* sobre su gestión ministerial revela lo que valía en estudios financieros.

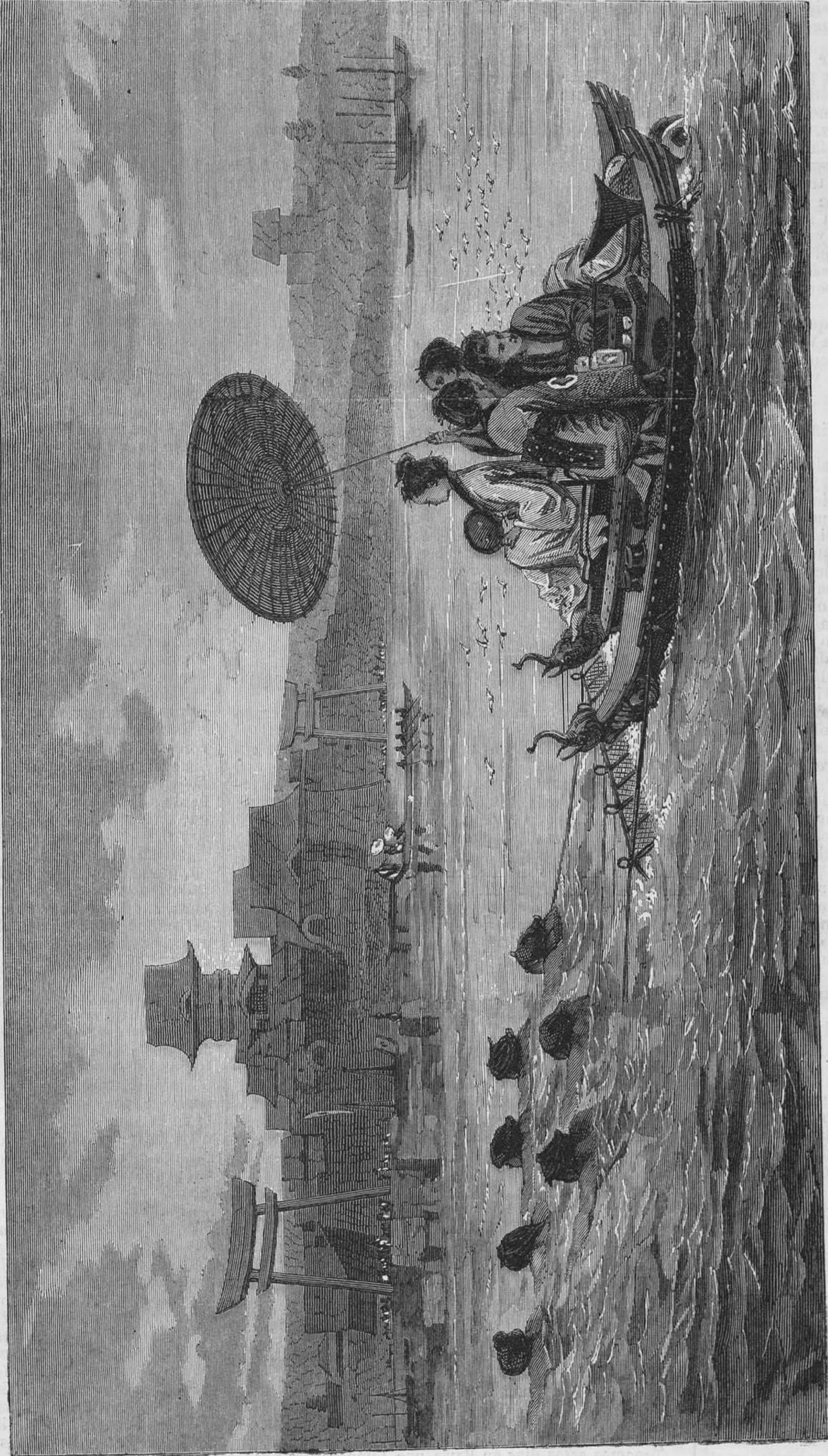
— Recuerdo, que por valer tanto, doctor, estuvo Floridablanca en el castillo de Pamplona. No sé si la intriga en este caso sería inglesa ó argelina.

— Seguiré adelante. En el siglo XVIII, florecieron también Argumosa, economista de mérito indisputable, aunque llegó á pedir la supresión de los coches; Arriquirar, escritor de buena y sólida doctrina; Aznar, funcionario muy entendido y versado, como pocos, en la hacienda pública; y á principios del actual, Gallardo, oficial del ministerio, que dió á conocer en un tratado curiosísimo la España financiera, tal como fué en el reinado de Carlos IV, y sin faltar en nada á la ver-



CURIOSIDADES DE PARIS. — Los baños frios en el Sena.

EXPOSICION DE 1872



EL VADO JAPONÉS. Cuadro por M. Lenoir.

dad de la historia, y su última obra acerca del origen, progresos y estado de la renta de la corona, merece los aplausos de los inteligentes; Jovellanos, eminente poeta, jurisconsulto, literato, magistrado, economista, todo lo abarcaba y de todo salía airoso.

— Menos de librarse, querido doctor, de ir al castillo de Bellver ó á la Cartuja de Jesus en Mallorca, destierro impuesto por la envidia ó por la preocupacion.

— Es posible que haya de todo. Existió entonces otro economista, autor de un discurso selecto sobre hacienda, Calomarde.

— ¿Pero Calomarde, aquel ministro de Fernando VII tan entusiasta del absolutismo intransigente como despues defensor del partido carlista, que al fin no admitió sus espontáneos servicios?

— El mismo. Y si hubiera de citar á Vd. todos los escritores de hacienda que honraron á su pais en el siglo presentes y pasados, y que constituyen el ornamento de la monarquía tradicional, no acabaría nunca. Vea Vd. la *Biblioteca hispano-nova*, de Nicolás Antonio, la de Sampere y Guarinos y la economista de don Ramon de la Sagra, varon preclaro y docto consumado, que murió fiel á la bandera tradicionalista.

— Las he leído, doctor, y aunque son excelentes esos tratados, considero superior, en materia de hacienda, la Biblioteca de los políticos y economistas de los siglos XVI al XVIII, de don Manuel Colmeiro, que aparece entre las memorias de la Academia de ciencias morales y políticas. Es todo lo completa que pudiera desearse.

— Pues bien, ¿de qué partido, de qué gobierno, de qué administración constitucional saca Vd. un ramillete de sabios como el que acabo de presentarle? Los ministros del nuevo regimen son pura y sencillamente unos arbitristas.

— ¿Cómo arbitristas, doctor?

— Si, porque todo se les vuelve inventar medios para que vayamos de mal en peor.

— Dispense Vd. El arbitrista es planta que nació en el siglo XVI, llegó á su soberanía y esplendor en el XVII, y fué agostándose al advenimiento del sistema constitucional. Los arbitristas son, como dijo el señor Colmeiro, « unos curanderos que paliaban las dolencias de la Hacienda en épocas de flaqueza y extenuación para la monarquía. » Prueba de ello don Luis Garabito (hasta el apellido es original), que tuvo la pretension de que Dios le habia comunicado las cosas grandes para el remedio del reino; Valle de la Cerda, que todo lo espera del establecimiento de Erarios públicos y Montes de piedad; Alcazar de Arriasa, que pretende renovar el siglo de oro con la única contribucion, y don Juan Bustamante, que vivia allá por los años de 1650, propuso una limosna proporcional obligatoria en el pais, y del fondo recaudado se sorteasen varios premios á los solteros y solteras.

— ¿Es que de esos arbitristas extravagantes existen hoy?

— Habrá alguno cuyo juicio no esté muy seguro y su afición á la poesía le lleve á aplicar la rima á los números, pero nadie se cuida de sus producciones, ni siquiera merecen los honores de la publicidad.

— Alguna he leído yo.

— No lo dudo, doctor; pero su impresion le habrá costado al arbitrista sendos pesos duros, y á los lectores gran dosis de paciencia. Al menos hoy, ni los reyes, ni los gobiernos, ni las Cortes, están ocupados en oír tales invenciones, ni el poder legislativo tiene que aconsejar al monarca el destierro de la corte de esa gente poco aprovechada, como sucedió en 1588. Verdad es que Felipe II no aceptó el consejo por la necesidad de los arbitrios, y porque el vulgo los quería y los celebraba.

— No eran, sin embargo, sus planes tan descabellados, decía el doctor.

— Apenas; hubo uno que propuso se impidiese el paso por el estrecho de Gibraltar; otro que se fabricara moneda de hierro; Romero de Alamo el estanco del papel comun; don Luis de Miranda la introduccion de granos de cacao en vez de moneda de vellon, y don Pedro Borruel el impuesto de un dinero por cada canal ó teja que hubiese en las casas y cortijos. En el pecado llevaron la penitencia. Los escritores satiricos, Cervantes y Quevedo, los han ridiculizado con aquella gracia que les dió tanto renombre en la república literaria, llegando el primero á proponer, por via de burla, un día de ayuno general en cada mes, extensivo á todas las personas, desde catorce á sesenta años, arbitrio importantísimo para la hacienda pública. »

Hasta aquí el ameno historiador de los hacendistas españoles.

Yo quisiera que todos los autores escribieran así, y de seguro que adornando el fondo con forma tan seductora enseñarían mas que los severos autores didácticos.

Mudemos de conversacion.

Dos crímenes horribles han contristado á los españoles durante este mes.

El primero ha tenido lugar en Barcelona.

Un marido halló muerta á su mujer. Ningun indicio habia de que hubiese sido víctima de una muerte violenta, y sin embargo, hecha la autopsia, se ha descubierto que ha sido víctima de tres alfilerazos, uno en cada sien y otro en el corazón.

El mayor misterio rodea hasta ahora este espantoso crimen.

La justicia indaga.

Lo que averigüe lo sabreis.

Hé aquí el otro suceso de que os hablo.

A las diez de la mañana del día 13, y en ocasion en que se encontraba sola la criada en una casa del pueblo de Tabernes, por hallarse su dueño en Valencia, se presentó un hombre decentemente vestido, preguntando por su amo y si este le venderia algarrobas; pero como la criada le contestase que no se encontraba en casa, por cuya razon no se le podia hacer la venta que deseaba, el expresado hombre desapareció, apostrofando á la criada, y diciéndola que ya sabia que su amo se encontraba en Valencia.

Poco precavida la criada, despues de la visita de dicho hombre, no tuvo la precaucion de cerrar la puerta y continuó ocupada en sus faenas.

Un cuarto de hora despues, y á tiempo que transitaba mucha gente por la calle, pues era día de mercado en dicho pueblo, se presentó nuevamente el indicado hombre, acompañado de dos mas, en la expresada casa, y sorprendiendo á la criada la encerraron en un depósito de algarrobas que hay en el corral, despues de causarla algunas heridas y amenazándola de muerte si gritaba; violentaron dos arcos que hallaron escondidas en un cuarto-despensa, y se apoderaron de una cantidad respetable de dinero que en una de ellas tenia, y de varias alhajas de algun valor que conservaba en ellas de su difunta mujer, no siendo posible llevarse una porcion de ropa que se encontró dentro de un saco de lona en una de las habitaciones del piso bajo de la casa, sin duda alguna porque pudieran haber sido vistos por la gente que transitaba por la calle.

Para quitarlos la impresion de las anteriores noticias, voy á referiros una anecdota chistosa.

Un caballero muy conocido por su estupidez, se presenta en casa de un médico.

— Doctor, le dice, no puedo dormir ninguna noche.

— Pues tome Vd. unos baños de agua dulce.

Una semana despues vuelve el enfermo:

— Doctor, no he conseguido nada.

— ¿Tomó Vd. los baños?

— Sí, uno cada día.

— Pues voy á darle á Vd. ópio.

Poco despues reaparece el del insomnio.

— Doctor de mi alma, prorumpo; estoy desesperado. No puedo cerrar los ojos ni un momento.

— ¿Pero ha tomado Vd. los baños?

— Sí, señor.

— ¿Y el ópio?

— También.

— ¿Pero qué demonios tiene Vd., hombre?

— ¿Lo que tengo? ¡Una plaga de chinches en mi cuarto!

Hé aquí una enfermedad que padecemos en verano todos los españoles.

La ciencia no ha encontrado aun el medio de curarla.

Para fin de fiesta os contaré una escena que ha tenido lugar, y que es una página que puede añadirse al album del buen humor.

Viajaban en un wagon... y esto, por la manera de empezar, parece cuento, una señora de costumbres rígidas é inflexibles, un caballero no menos serio y espetado, y un *guason*, que, por mas señas, debía ser estudiante. Deseoso este de reírse á costa de sus dos compañeros de viaje, aguardó hasta el momento en que el tren pasaba bajo un tunel, y entonces deslizándose sobre el asiento, se puso al lado de la señora, se dió un ruidoso beso en su propia mano, y en seguida pegó una tremenda bofetada al caballero serio que se encontraba en el asiento de enfrente.

— ¡Si no he sido yo, señora! exclamó el abofeteado entre colérico y aturrido.

Cuando salieron del tunel, el burlon fingia dormir profundamente, recostado en uno de los ángulos del coche, y la señora y el caballero, tan inocentes como encolerizados, empezaron por dirigirse miradas furibundas, y acabaron por denostarse durísimamente.

JULIO NOMBELA.

Madrid 10 de julio de 1872.

Curiosidades parisienses.

LOS BAÑOS FRÍOS.

Tenemos estos días en París una temperatura propia del Senegal, y así es que los directores de las Escuelas de natacion se hallan en el colmo de la alegría.

Los verdaderos aficionados á baños fríos, van por la mañana temprano, de las seis á las nueve; y de esta manera evitan el *tropel de las cinco*, la hora en que no hay agua, sino un monton de brazos y piernas, pues el río desaparece bajo los bañistas.

A las cinco de la tarde los nadadores ejecutan cabriolas notabilísimas en el agua. Algunos se encaraman á hombros de un compañero, y juntos se sumergen de golpe, á los aplausos ó silbidos de los espectadores.

Para muchos el baño no es mas que un pretexto, y llegan allí á pasar el día envueltos en su peinador de capucha. Fumando solemnemente en su pipa, afectan la postura inmóvil del turco, y salen los últimos de la escuela de natacion, sin haberse mojado las puntas de los piés.

Con este tipo se encuentra invariablemente otro: el *fanfarron*.

Este es todo un poema.

Hé aquí que sube la escalerilla de caracol de lo alto de la cual se precipita la gente.

Ya está arriba: todos creen que va á lanzarse; nada de eso.

Sin embargo, detrás de él se acumulan nadadores esperando su turno; deja pasar uno... luego dos... luego tres...

Por fin le conocen y empiezan á porfiar:

— ¿A que salta?

— ¿A que no salta?

El fanfarron corre un gran peligro.

Inclina la cabeza, hace el ademán de saltar al agua... y baja tranquilamente la escalerilla.

Pero en el último escalon tropieza con dos mancebos que le cogen de brazos y piernas, y le hacen ejecutar, á la fuerza, el salto que ha sido objeto de tantas vacilaciones.

A veces cae un chaparron cuando el baño está lleno de gente. Los intrépidos no hacen caso; pero hay otros que se retiran por no mojarse.

En una ocasion vi uno que fué á buscar su paraguas y volvió y se echó á nadar con una mano, abrigándose con la otra.

El *maestro-nadador* es otro tipo.

Se presenta un alumno, y comienza por atarle por la mitad del cuerpo con un cinturón, al que corresponde una cuerda cuya punta tiene en la mano.

El discípulo baja al agua y la leccion comienza.

Mas, para que sea fructuosa, es preciso que el alumno suba frecuentemente y convide á su profesor al café del establecimiento.

El mejor discípulo es el que paga mas copas.

Apenas hace un siglo que tiene París escuelas de natacion.

Antiguamente, cuando los parisienses querian bañarse en el río libremente, salian de la ciudad.

En el interior de la capital no habia en 1762 mas que cinco estaciones, á saber:

Cerca del Arzobispado, en el muelle de los *Morfondus*, en el puente de San Nicolás, cerca de la calle de Poulies, delante de las Cuatro Naciones y cerca de la barrera de los Inválidos.

Estos baños se componian de un espacio reservado entre dos barcas, con un toldo encima.

Los baños fríos han adelantado desde aquel tiempo, como otras muchas cosas.

Bajando de Bercy, despues de los baños de los *Deux lions* y los baños *Billery*, se encuentran junto al puente de Constantina, los famosos baños *Petit*, únicos que en París, con los baños *Deligny*, pueden titularse: *Grande escuela de natacion*.

En esa punta de la isla de San Luis, el agua del Sena, que aun no ha recibido el nauseabundo tributo de las alcantarillas de la gran ciudad, corre límpida y pura, sin llevar todavía en sus hospitalarias ondas los perros muertos, las cataplasmas del hospital y las mil escorias que arrastra mas lejos.

Los baños *Petit* tienen la clientela de la Universidad.

Es el punto de reunion general de los Liceos é Instituciones de muchachos, de la Escuela normal y de la Escuela central. En otro tiempo iban tambien los alumnos de la Escuela politécnica, con tambor al frente.

En la otra parte de la punta de la isla está la *Grénoouillère*, para uso de los alumnos inexpertos en el arte de la natacion.

La mayor parte de los altos dignatarios del régimen caído hicieron allí sus primeras armas, y aprendieron del profesor Francisco la manera de *nadar entre dos aguas*.

Francisco, que ha obtenido la medalla de oro, profesora la natacion, hace mas de treinta años, en los baños *Petit*.

Tambien asoman por allí muchos artistas y autores dramáticos. Meissonier fué uno de los parroquianos mas asiduos, así como Biot, el profesor de física, de edad de ochenta años. El docto anciano se cuidaba muy poco del proverbio español, que dice: *De cuarenta para arriba no te mojes la barriga*, y daba un mentis á la prediccion: *Hombre de baños no vive años*.

M. Duruy fué en otros tiempos uno de los mas brillantes nadadores de los baños *Petit*.

En los baños de 15 céntimos, que están por los mismos sitios, se observa mas mescolanza. Se desnudan en comun en la galería. En estos establecimientos reina una franqueza que les atrae un público especial.

El aspecto de todas esas escuelas de natacion varía segun el precio de entrada.

Pero el estudio mas interesante seria el de los baños de mujeres.

Las náyades parisienses se dividen en dos categorías.

Hablemos de la primera, que reúne á las bañistas que pagan un franco.

Aquí acuden los coches particulares y los lujosos trajes: contingente del barrio de la nobleza, esposas de agentes de cambio y de notarios, herederas del alto comercio, buena sociedad de la clase media, y en-

tre todo esto, como en todas partes, algunas *demoiselles* libres.

Los cuartos exhalan perfumes y se anda sobre polvos de arroz. La variedad es infinita: hay la mujer que usa colorete, y que por lo tanto evita cuidadosamente el contacto del agua; la mujer robusta que se sostiene en el agua por su propio peso, y la que no experimenta dificultad alguna en hacer la muerta.

Estas bañistas de *primo cartello* llegan juntas ó se encuentran en el establecimiento á una hora dada. Las buenas nadadoras ejecutan en el agua los ejercicios que las demás admiran. Las que nadan como un *perro de plomo* dan vueltas en el río bailando de la mano. Las solitarias no sueltan la cuerda á dos tirones.

Sigue la segunda categoría, los *baños á cuatro sueldos*. No hay para qué decir, que aquí la sociedad es muy distinta. El curioso lector tendrá á bien que concluyamos en este punto el artículo. E. F.

Revista de Paris.

El 14 de julio ha sido un día de banquetes políticos en diferentes puntos de Francia. Los republicanos celebraban un gran acontecimiento histórico, la toma de la Bastilla, que se efectuó en igual día del año 1789, punto de partida de la revolución que conmovió hasta en sus fundamentos el estado social de la Francia, y por sus consecuencias el de los pueblos de Europa. Es la primera vez, si nos es fiel la memoria, que se celebra semejante suceso; pero la fecha se ha encontrado tan á punto para promover agitación republicana, que los corifeos del partido radical la han cogido al vuelo.

Principiaremos por decir que en Paris no ha habido permiso para el banquete; seguimos en estado de sitio, y la autoridad militar ha usado de sus atribuciones. También añadiremos que en las distintas ciudades en que la fiesta ha tenido efecto no ha reinado el menor desorden, lo cual es noticia importante, pues en la ebullición política que hoy se nota, era muy de temer que el recuerdo de la toma de la Bastilla alborotara en demasía las cabezas de los radicales.

El banquete mas notable ha sido el organizado en la Ferté-sous-Jouare, porque asistía á él M. Gambetta, quien ha pronunciado un discurso que está dando origen á largos comentarios.

M. Gambetta, reconocido como jefe de la república radical, unido en el día con el gobierno de M. Thiers, que se declara ya sin rodeos republicano conservador, es el personaje mas importante de la democracia francesa, no solo por las fuerzas que representa en la situación actual, sino porque parece cosa tácitamente decidida que él será el heredero de lo existente, ó por lo menos así lo anuncia en sus aspiraciones declaradas.

Ahora bien, ¿quién no se interesaría en descubrir cuáles son las miras y los proyectos del futuro presidente?

El ex-dictador de Tours y de Burdeos ha expuesto detenidamente el 14 de julio su programa.

Los que asistieron á esta manifestación del jefe radical, no omiten en sus descripciones ningún detalle.

Era en una tienda inmensa, dispuesta para mil quinientas personas; y Gambetta tomó la palabra en medio del fragor de una tempestad furiosa, que una ó dos veces interrumpió su discurso.

Parecía que los elementos desencadenados querían aumentar el espanto de los terribles hechos revolucionarios que el orador evocaba, y los pronósticos del porvenir que anunciaba á la Francia.

Gambetta comenzó diciendo que las intrigas monárquicas exigen una federación moral contra las conspiraciones anti-nacionales de los partidos que especulan con las desgracias del país para levantar fortalezas como la que cayó el 14 de julio de 1789.

Aplauda la caída de la Bastilla, no solo porque se hundía el mas inexpugnable alcázar del despotismo, sino porque anunciaba la República popular; porque la Francia se emancipaba de los reyes y del clero.

Todas las jornadas decisivas de la revolución, el 10 de agosto, el 22 de setiembre, están implicadas en la primera.

El orador radical no hace diferencias entre las monarquías, no hay mas que una, una sola: la nación tiene ó no tiene un amo.

Otras veces M. Gambetta habia hecho reservas sobre las monarquías del pasado: hoy habla de ellas como ha hablado siempre del Imperio.

A medida que se afirman sus esperanzas su programa se hace mas explícito.

No seremos nosotros los que censuren este modo de producirse; todas las convicciones son respetables. En otro tiempo creía sin duda que eran hábiles aquellas reticencias: hoy que cada cual y sobre todo los representan-

tes de la monarquía se quitan la máscara, habla un nuevo lenguaje.

En resumen, Gambetta se declara por la República radical, que se fundará sobre las siguientes bases:

Educación seglar impuesta á todo el mundo.

Servicio obligatorio para todos, ó sea la nación armada.

« A estos dos medios, dice, será necesario añadir otro que constituirá en el Estado la rigurosa aplicación de la soberanía nacional, de manera que quede bien entendido que se ha concluido ya en Francia con los privilegios, con las usurpaciones de un día y con las tentativas de conspiración. »

Y misteriosamente añade:

— No quiero explicarme mas; pero es preciso que la soberanía nacional sea única soberana.

Tal es la República que espera á la Francia, despues de la de M. Thiers, « profundamente conservadora, » como dijo días pasados en la Asamblea en medio de las aclamaciones de la izquierda y de las protestas de la mayoría monárquica.

Las apreciaciones de la prensa están unánimes sobre este discurso, si se exceptúa, naturalmente, los diarios radicales.

Mientras unos periódicos corrigen los sofismas históricos sentados por M. Gambetta para deducir consecuencias acomodadas á sus planes, otros contestan que por la violencia pueda fundarse nada duradero; dicen que las insurrecciones no conducen mas que á los golpes de Estado, y que así la Francia se encuentra siempre á punto de pasar de un extremo á otro, del despotismo á la demagogía.

Es una verdad irrefutable.

Fuera de las cuestiones políticas que continúan llamando mas y mas y absorbiendo la atención pública, los hechos de la semana ofrecen poco interés para la crónica.

Sin embargo, el lunes último se ha dado á luz un documento del que debemos ocuparnos aquí, ya que tanto nos ocupamos en su día del suceso á que se refiere.

Es un informe dirigido por el ministro de Agricultura y Comercio, M. Teisserenc de Bort, al presidente de la República, para que declare disuelta la comisión que se nombró en 1863 para dirigir y vigilar la Exposición universal de 1867, en razón á que acaba de dar completa cima á sus tareas.

Con este motivo recuerda el ministro, en su informe, los principios y la marcha de las operaciones financieras, cuyo estado tiene á la vista.

Los datos principales son estos:

El Estado y la villa de Paris concedieron á la obra internacional una subvención de 12 millones de francos; y por otra parte se formó una sociedad de suscritores, con objeto de garantizar el pago de un excedente eventual de los gastos sobre las entradas.

El capital suscrito pasó de 10 millones.

Los ingresos totales, incluyendo la subvención, se elevaron á 26.254,085 francos 75 céntimos, en tanto que los gastos dejaron un excedente de 2.766,000 francos.

No fué, pues, necesario apelar al capital suscrito; y lo único que hicieron los suscritores fué entregar un 2 por ciento sobre la cantidad suscrita, ó sean 206,940 francos, que se reembolsaron muy al principio con los intereses.

El sobrante de ingresos dió un primer dividendo de 2.400,000 francos, y otro de 366,000, que se repartieron por tercios, conforme á las estipulaciones del contrato firmado entre el Estado, la villa de Paris y la Sociedad de garantía.

El Estado y la villa han recibido respectivamente 922,000 francos. La comisión, al depositar en el Crédito Territorial la misma suma, atendió al pago de las partes de dividendo que correspondían á los suscritores de la Sociedad de garantía, ó sea 89 francos 9 céntimos por cada 20 francos entregados.

Ahora bien, los dividendos no reclamados ascienden á un total notable, que se aumentará en los plazos legales con los réditos acumulados.

Hé aquí lo que la comisión propone:

« La comisión, con el objeto de facilitar la visita de la Exposición á las clases pobres, provocó la institución de una sociedad de fomento, á cuya obra contribuyó con una subvención y entregas de billetes gratuitos, que suman un valor total de 400,000 francos. Además admitió gratuitamente y á precio reducido, á todas las escuelas que lo solicitaron. Guiada por los sentimientos del mismo orden que cuando se cerró la Exposición, valieron á la Asistencia pública un donativo de 169,125 francos, la comisión ha emitido el voto de que el ministerio de Comercio, que representa al Estado, pudiese encargarse de aplicar el producto definitivo de las cantidades que quedan disponibles, á una obra de bien público, en memoria de la Exposición de 1867. »

El ministro contesta en los siguientes términos:

« Haciendo justicia al elevado pensamiento que ha inspirado á la comisión en su voto, no me ha parecido que puede satisfacerse. Con efecto, se cuenta en el sobrante una suma de 47,000 francos, que se reservó para gastos imprevistos, y que no pertenece al Estado sino por un

tercio, pues los otros dos corresponden uno á la villa y otro á los suscritores. No es posible disponer de esto en beneficio del Estado: hay que dar cuenta de esta suma como de todas. Además, puede suceder que sea absorbida por las reclamaciones. Por último, en cuanto á las sumas no reclamadas y que ascienden á 42,000 francos, pertenecen exclusivamente á los suscritores. »

Es muy justa la observación del ministro; pero las reclamaciones deben producirse en los plazos legales, y pasados estos, no cabe duda que el remanente es del Estado.

Además de arreglar la cuestión financiera, la comisión ha tomado las medidas de orden que eran necesarias para dar remate á sus tareas, y entre ellas señalaremos la del depósito en los Archivos nacionales de todos los documentos que ofrecen un carácter histórico, y que por lo tanto el público puede tener interés en consultar.

El presidente de la República ha dado su aprobación al decreto que declara disuelta la comisión oficial de la Exposición Universal de 1867.

Entre las producciones literarias de la semana, hallamos una que reclama la atención de los cronistas teatrales.

Es un folleto de Alejandro Dumas, con el título singular del *Hombre-mujer*, escrito con la intención evidente de justificar y aclarar ciertas ideas que en las comedias del mismo autor han suscitado en la prensa largas polémicas, y, á nuestro juicio, motivadas censuras.

Alejandro Dumas trata en este escrito la cuestión del matrimonio y examina las causas del adulterio, elemento dramático inagotable para el autor de *la Princesa Jorge*, y tantas otras piezas de la misma índole.

No negamos á Dumas un gran talento cuando retrata en el libro ó en la escena las costumbres de la sociedad contemporánea: es un fotógrafo artista que si toca al natural es para poner mas en relieve lo que ha podido quedar en la sombra, pero sin añadir nada de su cosecha; su empeño es que se diga: esa es la verdad; y en este punto logra su deseo. Pero ¿está bien seguro el autor de que los cuadros que nos presenta no son las excepciones? Si fuera la sociedad tal como nos aparece en sus comedias, no conocemos época en la historia que pudiese compararse con la actual, en cuanto á depravación de costumbres, inmoralidad y escepticismo.

En nuestro sentir, Alejandro Dumas ve todas las cosas por el mismo prisma; ó no quiere pararse á examinar lo que se aleja del triste ideal que se ha formado acerca de la sociedad contemporánea. ¿Qué mucho pues que nos pinte así la excepción tomándola por la regla?

Abramos su folleto.

Hé aquí un cuadro que sería perfecto, si no tuviese la implacable pretensión de aplicarse á la sociedad entera y verdadera.

Es el espectáculo de una boda:

« Lo mismo se ve, dice el autor, en la aristocracia, en la clase media ó en el pueblo. Hay mas ó menos lujo; mas ó menos gente; pero la impresión es siempre la misma. Nada mas triste en verdad; parece que se asiste á un sacrificio. Contemplad bien á los novios. ¿Cuál de los dos es superior en ese instante? Es la mujer, no cabe duda en ella. Reflexionad lo que lleva al hogar conyugal, y lo que arriesga. ¿Qué emoción la suya! Como que va á entrar en lo desconocido, y la han preparado con mil rodeos. La mujer lleva pues, al matrimonio, la inocencia, una curiosidad vaga, un temor involuntario y lo que ella llama entonces amor. Contemplad al novio: aldeano, obrero, comerciante, duque ó par, sea lo que quiera, aquel día es el hombre que tiene el aire mas necio con su frac negro, su corbata blanca y la atmósfera de peluquero que siempre le envuelve algun tanto. ¿Comprende él la grandeza, la eternidad del acto? Ni siquiera lo sospecha. Lo que hace es calcular. Acaba de declararse sacrilego y perjuro, puesto que para contraer aquel enlace definitivo, ha debido, si es honrado, ha debido inmolar hasta en su pensamiento, y en la realidad, seguramente, los amores anteriores, á los cuales prometió la eternidad... »

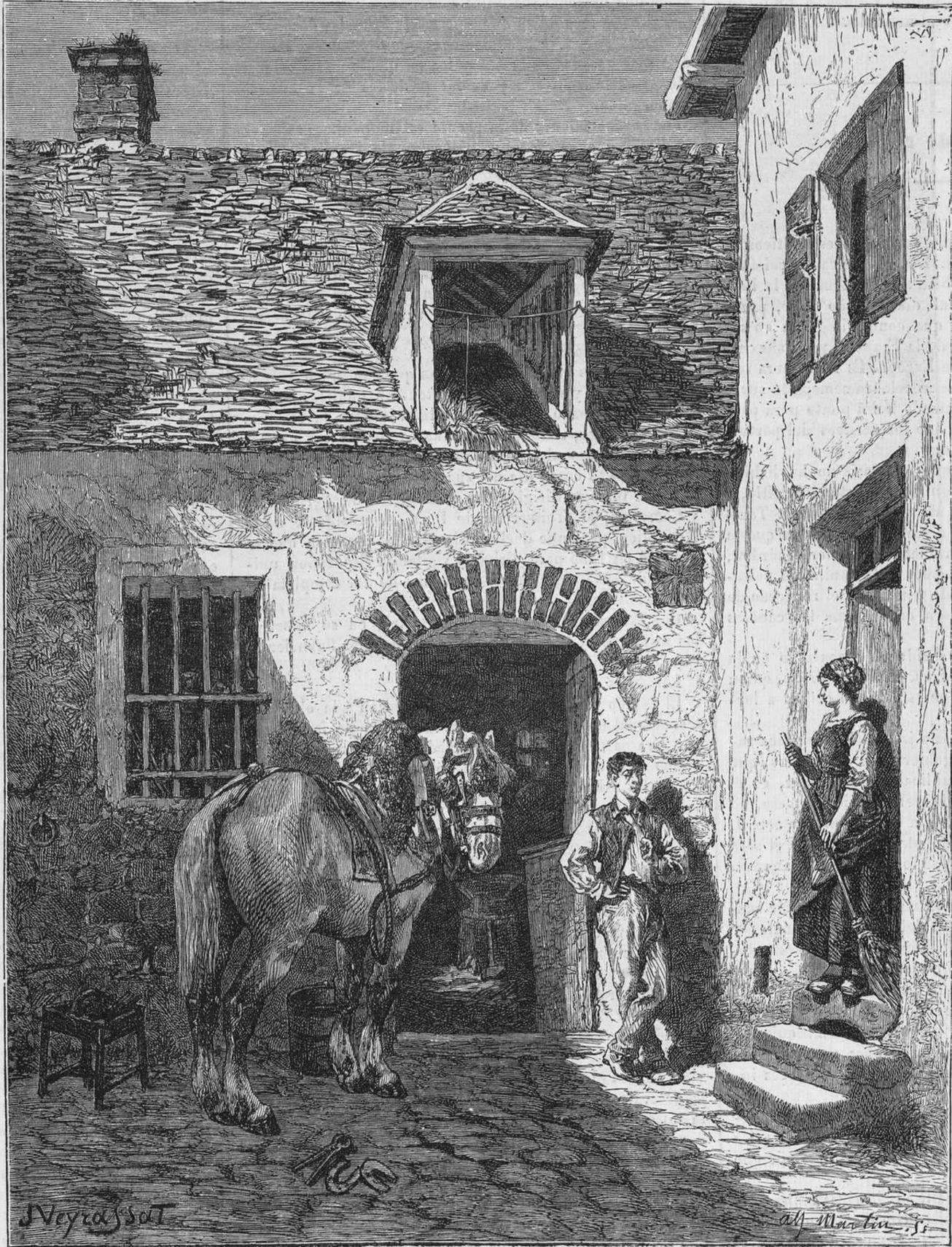
Alejandro Dumas nos descubre aquí todo el fundamento de su teoría dramática. No ve en el casamiento mas que un simple cálculo; el amor se halla excluido de él; mas aun, el amor para el hombre está en otra parte, para la mujer llegará luego.

Es verdad que no aprueba, lejos de eso, pide la renovación de un estado social que trae fatalmente aquellas monstruosas consecuencias. Quiere que en el hombre se opere una transformación de castidad á fin de que llegue al altar tan puro como la esposa, y con este fin se extiende en su folleto en consideraciones morales que no pueden menos de merecer la aprobación mas completa.

Pero esta es la teoría: él, como autor dramático, seguirá pintando las costumbres tales como las observa en el mundo que se ha creado y que existe, no lo negamos, pero existe, como ya hemos dicho, por excepción, no es afortunadamente la regla general, y aquí reside el gran error de Alejandro Dumas.

Y tanto es así, que á vuelta de estos razonamientos, Dumas, que sin duda desconfia de que se acepte su código moral y se transforme el hombre, no ve otro medio para re-

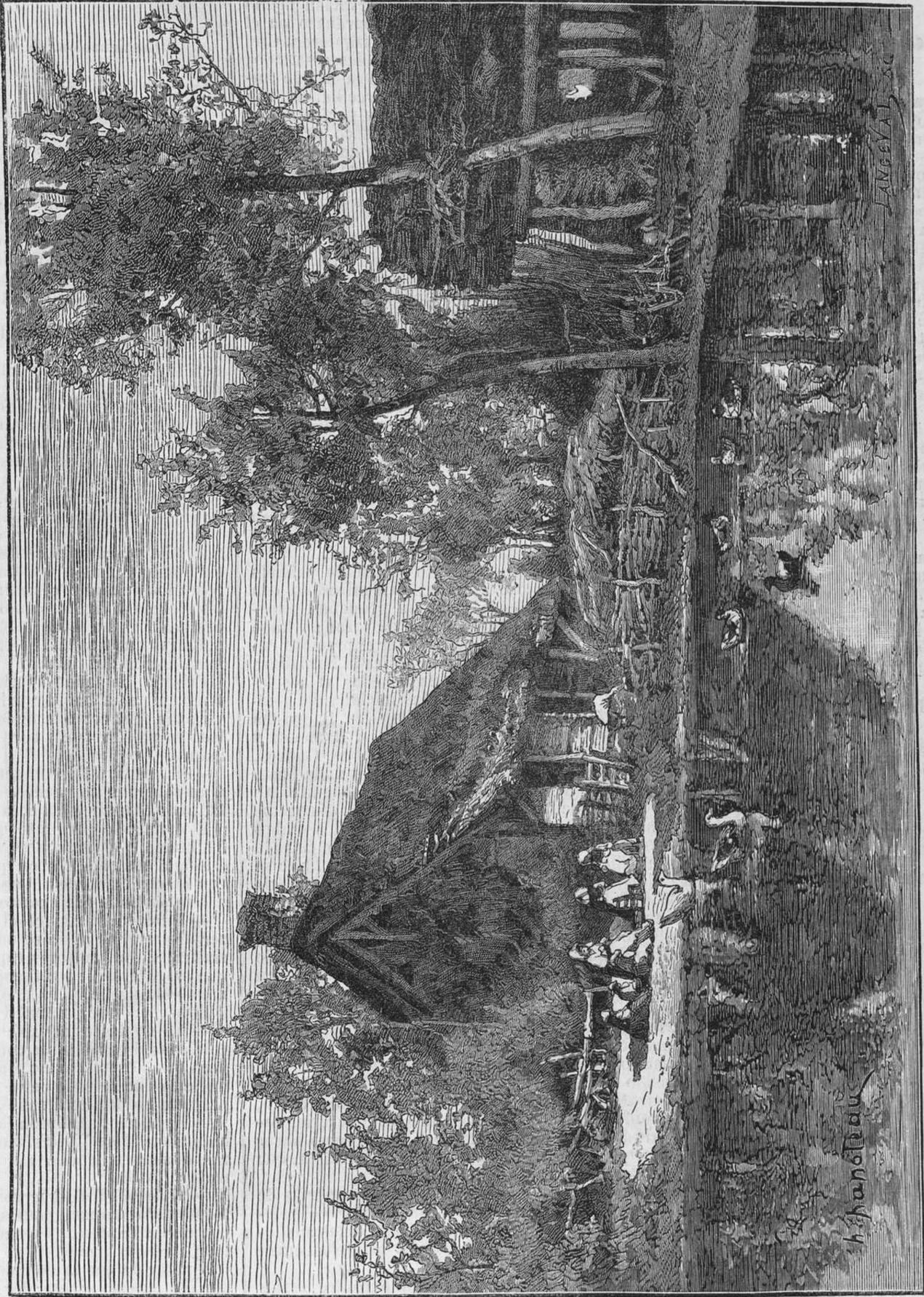
EXPOSICION DE 1872



ALBEITARIA DE ALDEA.

Cuadro por M. Veyrassat.

EXPOSICION DE 1872



UNA CHOZA.

Cuadro por M. Hector Hanoteau.

mediar la inmoralidad en el matrimonio, que el divorcio. La conclusion es lógica. Si nada mas que un cálculo de intereses preside á la union del hombre y la mujer, ¿por qué hacer indisoluble eternamente el lazo contraído? Lo que hizo la conveniencia, la misma conveniencia debe tener poder para deshacerlo.

No hay necesidad de rebatir esta argumentacion que se destruye por sí misma en cuanto sale de lo particular y se extiende á lo general; pues siendo falso el punto de partida, falsas tienen tambien que ser las consecuencias.

MARIANO URRABIETA.

Salomé Gil.

En la América Central era ya muy justamente estimado ese ameno y correcto escritor, cuando ni su nombre ni su seudónimo se conocian en las demás repúblicas de la América latina.

Vino un día á nuestras manos un número de la *Semana* de Guatemala; encontramos allí un fragmento de la *Hija del Adelantado*; empezamos á leerlo sin interés, y terminamos la lectura con encanto. Recorrimos algunos artículos de costumbres de ese ilustrado literato, les dimos cabida en las columnas del *Correo*, y no hubo hoja en América que no se apresurase á reproducirlos. De paso sea dicho, ya que nadie lo confiesa, que algo ha hecho el que estas líneas traza por crear un lazo de union entre todos los escritores de las Repúblicas americanas, á quienes tambien ha dado á conocer en Europa; siendo este uno de los medios que adopté para defender á nuestras calumniadas Repúblicas.

Luego supimos que *Salomé Gil* era el seudónimo que habia escogido el modesto señor don José Milla, uno de los mas hermosos ingenios de Centro-América. Mas tarde, hemos tenido la honra de conocer á ese amable y cumplido caballero, y hoy poseemos, debido al favor del inteligente y erudito señor doctor Arbizú, varias de las obras del señor Milla.

Salomé Gil ó Milla se prepara á dar á luz un nuevo libro, *el Libro sin nombre*, en que se propone reunir algunos de sus mil sabrosos artículos de costumbres. De esos borradores tenemos la fortuna de poseer varios, y nos es grato suplicar á los señores redactores del *Correo de Ultramar* se dignen darles publicidad en las columnas de su acreditado periódico.

J. M. TORRES CAICEDO.

MI FRAQUE.

Perdóneme el diccionario de la Academia si escribo esa palabra como la pronunciamos todos, castellanzada; dejando la facultad de escribir *frac* á todos aquellos que tengan menos horror que yo á los neologismos.

El fraque actual es una abreviatura, ó no sé si diga una parodia del antiguo casacon. Tiene de comun con aquel el ser el traje de ceremonia de los caballeros; pero por lo demás, ¿qué diferencia entre uno y otro! La anchurosa casaca aristocrática del tiempo de Carlos IV, que conservamos como monumento histórico en viejos arcones, con otras prendas abolengas, era de paño ó de seda de colores vivos, ricamente bordada de oro ó plata; mientras que el democrático fraque no es sino un mezuquino pedazo de paño negro, estrechamente ajustado al cuerpo de quien lo lleva. Si no hemos acertado con la igualdad ante la ley, mito que persiguen todos los fabricantes de constituciones, al menos hemos obtenido la igualdad ante el fraque, ya que todo aquel que tenga ganas de ponérselo y treinta pesos para costearlo, puede presentarse con él tan airoso y galan como el que mas.

El primer fraque que uno estrena forma acontecimiento, y debiéramos conservarlo como recuerdo de emociones que quizá no vuelvan á experimentarse en el curso de la vida. Bajo esa solapa negra palpité nuestro corazón de diez y ocho años con el júbilo de un triunfante literario, ó bajo la impresion que nos causaron las miradas significativas de dos ojos negros, azules, ó tornasolados, ó como se quiera, en el primer baile á que asistimos. Despues se han repetido tanto aquellas escenas, que la solapa se ha conservado quieta, sin que la muevan ya los débiles latidos de un corazón que acaso ningún galvanismo alcanzaria á comover.

Dejemos pues aquel primer fraque, de quien me despedi hace ya muchos años y que hoy andaré convertido Dios sabe en qué, y permitaseme decir alguna cosa del que actualmente me sirve. Pocos días hace tuve que echar mano de él y vi, no sin dolor, los estragos que el tiempo y el abandono habian hecho en su miserable máquina. — Vamos envejeciendo juntos, le dije á media voz, copiando á Beranger, que le dijo otro tanto al suyo en una lindísima cancion. Una ligera capa de polvo lo cubria desde el cuello hasta la extremidad de la falda, y si bien desapareció á la primera

sacudida, dejó harto marcadas sus huellas en las costuras, de donde no fué posible desalojarla por completo. Observé que algunos de los botones eran *separatistas*, manifestando una tendencia bien marcada á romper el lazo federal, á recobrar su autonomia y á echarse á rodar tierras, libres é independientes. Vi tambien que en algunos puntos el paño comenzaba á descubrir la trama, lo que es una lástima le haya sucedido tan tarde, pues á haber sido así desde que pasó por la aduana, habria ahorrado trabajo al vista al calificarlo. Examinándolo mas despacio, encontré en la espalda varias picaduras, casi microscópicas hasta ahora, pero destinadas á ir ensanchándose y ensanchándose, bajo el invisible diente del insecto devorador. — Una labor paciente y destructora, dije, destruye las obras mas sólidas del hombre. ¿Qué mucho que la polilla vaya arruinando así mi pobre fraque?

No bien habia pronunciado esa observacion medio filosófica, advertí un pequeño objeto pardusco en el remate del segundo hojal de la solapa izquierda. Creí que eran las hebras de seda que se hubiesen saltado; pero al tocar el objeto, conocí que no era lo que habia creído, sino el cadáver de una florecilla, de una violeta que fué en sus tiempos fresca y perfumada, y que ahora no era ya mas que un resto seco, arrugado y marchito. ¡Cuánto tiempo habria permanecido allí, olvidada é inadvertida! — ¡Pobre violeta! ¿Si serás, dije, la imagen del afecto que simbolizaste cuando viniste á ocupar el rincón inhospitalario de ese hojal, que no te permitió vivir?

Afortunadamente, las mujeres, que saben mas que las culebras, nunca preguntan por las flores que regalan, para no exponerse á oír contestar que no sabe uno que fué de ellas. De otro modo, ¿qué habria yo dicho á la que me dió aquella olvidada violeta?

Me pareció oportuno practicar en seguida un cateo de las faltriqueras del fraque. En la del faldon derecho habia un par de guantes color de paja, estrujados y sin frescura ya. Los extendi, distraído, y distraído tambien los levanté hasta tocar con el órgano del olfato, cuyo nombre excuso por ser algo prosaico. Todavía conservaba el pobre guante algo del perfume de aquel con quien se puso en intimo contacto en la noche de cierto baile. Aun me pareció que las fibras de la cabritilla se estremecian bajo la presion de aquella mano. Me acomodé los espejuelos y vi que estaban descosidos en algunas partes. — Se diria, pensé, que estos se rien por las costuras de mi necedad.

En la bolsa del faldon izquierdo estaba un pañuelo que sujeté á minucioso exámen, extendiéndolo con cuidado. Admiróme desde luego su pequeñez, pareciéndome por ella prenda impropia de varon; y hube de confirmarme en mi sospecha, al ver el precioso encaje que adornaba las orillas y la delicada bordadura que lucia en las esquinas. En una de ellas vi dos letras, una R y una C, seguramente las iniciales del nombre y apellido de la dueña de aquella pieza. Luego me puse á pensar en todas las Rosas, Ritas, Ramonas y Rafaelas que conozco, y en cuantas Córdobas, Castros, Corteses y Carrascales hay en la ciudad, y nada bastó para que pudiese yo despejar aquella incógnita. No habia visto el pañuelo sino por un lado; ocurrióme examinarlo por el otro, y ¿cuál no sería mi asombro al encontrar un pedacito de papel doblado y clavado con un alfiler en una de las cabeceras? Por el hilo se saca el ovillo, dije, y desdoblado aquel que parecia ser un billete, logré descifrar estas palabras, escritas con lapiz, y que trascribo textualmente, para conocimiento de la interesada:

«Niño Chico: esto es horrible, seis veces á bailado con la Juana, le llevo la cuenta. Si no me saca para la primera redoba todo es concluido. Mandeme mis cosas. Suya: R.

P. D. De todos modos lo espero esta noche en la ventana; así que se acave el vaile.»

Comprendí que aquel extraño mensaje se hallaba en el bolsillo de mi fraque por alguna equivocacion. Probablemente la señorita R. me tomó por su niño Chico, en la confusion del baile, y me hizo, sin quererlo, depositario á medias de su secreto. Ahora, ¿cómo hacer para no quedarme con aquel pañuelo de batista, que podia valer unos cinco pesos?

Tentaciones tuve de poner avisos en las puertas de las iglesias; pero pareciéndome mas expedito el referir el lance y dar á luz el billete, va con todas sus letras, para que la autora y dueña del pañuelo ocurra por sus prendas, si le conviniere.

En la bolsa de pecho de mi fraque encontré varios objetos cuyo inventario es el siguiente: un cucurucho de dulces revenidos; ítem una carta interesantísima que me escribió un sugeto que anda por Comitán y á quien no contesté, porque no pude dar con su apreciable, hasta ahora; ítem un billette del sorteo de la loteria del mes de noviembre, que no salió premiado; ítem un soneto que comencé y no pude concluir, porque se subió al cielo un consonante; ítem un anuncio de teatro y unas cuantas páginas del *Libro sin nombre*, de la edicion que se está haciendo en la imprenta de la Paz. Arroje los dulces é hice un auto de fe con aquellos papeles, no por herejes, sino por inútiles, que es peor que herejes; y como si mi fraque fuera capaz de oírme y entenderme, lo reconvine por haber guardado por tanto tiempo aquellas paparruchas, y lo amenacé con que le haria cerrar las bolsas, como se cierran los establecimientos públicos donde se admiten gentes de mala nota.

Como el fraque es una prenda del vestido que usamos solo los días que repican recio, no he vuelto á

tener ocasion de ver si ha hecho ó no caso de mi advertencia; pero en la primera oportunidad que se ofrezca, le tomaré una cuenta estrecha de la conducta que observe, y si incurriere en el delito de reincidencia, lo condenaré á diez años de armario con calidad de retencion.

(Se continuará.)

Estudios históricos.

LA VIDA Y HECHOS DE ATILA.

(Continuacion. — Véase el número 1,019).

En fin, renovaba su eterna queja de los tráfugas, diciendo que, si su extradicion se hacia esperar, ó si los vasallos romanos se permitian cultivar las tierras situadas al Mediodia del Danubio en la zona devuelta á los hunos, iba á principiar de nuevo la guerra.

Tal era el contenido de la carta que llevaban los enviados de Atila y que estos entregaron á Teodosio en audiencia solemne en el palacio imperial; y luego que concluyó la ceremonia, quisieron visitar al primer ministro Crisafio, como era costumbre.

Un romano llamado Vigilas, que habia servido de intérprete entre ellos y el emperador, y que les conocia ya por haber estado el año anterior en el país de los hunos como agregado de embajada, se ofreció á enseñarles el aposento del ministro, y en efecto marcharon juntos.

Para pasar de la sala de audiencias del príncipe á la habitacion del eunuco, que era porta-espada y ministro, habia que atravesar todo el interior de los salones y galerias resplandecientes de plata y oro, pórticos de mármol blanco, y tantos palacios diferentes comprendidos en uno solo, que hacian de la ciudad de Constantinopla el punto mas bello del mundo.

A cada paso Edecon se extasiaba, y á cada objeto que veia, prorumpia diciendo que los romanos eran los hombres mas felices del mundo, puesto que vivian rodeados de tantas cosas hermosas y que poseian tantas riquezas. Vigilas contó á Crisafio las exclamaciones del bárbaro sobre la felicidad de los romanos, y mientras que hablaba se ofreció una idea infernal á la imaginacion del eunuco.

Crisafio, llamando aparte á Edecon, le dijo que él tambien podia habitar palacios dorados y llevar una vida tan feliz como la de los romanos, si dejaba á un lado su país salvaje y se venia á incorporar á los romanos.

— Si, replicó Edecon con viveza; pero el que sirve á un soberano no puede dejarle sin su consentimiento, pues el hacer otra cosa sería un crimen.

El eunuco le preguntó qué empleo ocupaba entre los hunos, y si podia acercarse libremente á su amo, á lo que contestó Edecon que se hallaba al lado de él con mucha frecuencia, que era uno de los que le guardaban por la noche cuando le tocaba su turno.

— Pues bien, replicó el eunuco, si me prometéis ser discreto, os indicaré un medio de poder adquirir sin trabajo las mayores riquezas; pero es un negocio que exige tratarse con tiempo. Venid pues á cenar conmigo esta noche, pero solo.

El bárbaro fué puntual á la cita.

— Yo no deseo mas que vuestro bien, dijo Crisafio volviendo á entablar la conversacion de la mañana; pero que aceptéis ó no, jurad aquí que no direis á nadie lo que se pase entre nosotros; en cuanto á mí, prometo no decirlo á nadie.

— En efecto, se dieron la mano derecha y juraron en presencia de Vigilas. Entrando entonces en materia, el eunuco le dijo sin rebozo que se trataba de matar á Atila.

— Si llegais á deshaceros de él, decia, y á pisar las fronteras romanas, podeis contar con el reconocimiento de Teodosio, y estad persuadido que tendreis toda clase de bienes.

A pesar de que la confidencia era tan extraña, no por eso pareció sorprender á Edecon, y al cabo de un momento de silencio el huno respondió que haria lo que se deseaba.

— Sin embargo, añadió, necesito dinero para preparar las cosas y poder sobornar á los soldados; creo que cincuenta libras de oro me bastarán.

Crisafio queria dárselas en el momento, pero Edecon le contuvo.

— Yo no puedo, dijo, encargarme de ese dinero, porque Atila, segun su costumbre, hará que le contemos á nuestra vuelta todo lo que nos ocurrió y lo que hemos recibido de los romanos; por consiguiente, cincuenta libras de oro componen una suma bastante alzada para que yo pueda esconderla, y si el rey llega á saber que llevo ese dinero sospechará. Lo mejor sería que Vigilas me acompañe bajo el pretexto de traerse algunos tráfugas; luego que llegemos nos enteremos, y cuando llegue el momento de obrar, él os indicará el medio de mandarme el dinero.

Crisafio no pudo menos de apreciar la sensatez del bárbaro, y luego que cenó se fué corriendo á contar-

lo todo al emperador, quien aprobó lo que había concertado.

Al cabo de algunos minutos llamaron á otro empleado de palacio llamado Marcial, quien no encontró ninguna objeción. En su consecuencia no faltaba mas que discurrir las medidas para llevar á cabo el proyecto, y así es que pasaron la noche en combinarlas.

Primeramente convinieron en que, para encubrir mejor el complot, tan solo se enviara á Vigilas con el título de una misión, pero como simple intérprete, agregándole á una embajada seria en apariencia.

Establecido este primer punto reconocieron fácilmente que la embajada que tuviese por pretexto la contestación del emperador á las pretensiones del rey de los hunos debía ser confiada á un hombre no tan solo colocado en un puesto eminente en la gerarquía de las funciones administrativas, sino que debía gozar también del aprecio público; en una palabra, era preciso que fuese un hombre de bien.

— Si el golpe sale bien, decían los ministros de Teodorico, en ese caso el emperador negará haber estado en relaciones con los asesinos, y la buena reputación de un embajador alejará de él hasta la sombra de una sospecha; y si el golpe sale mal será lo mismo, pues la probidad del representante garantizará la inocencia del emperador á los ojos del mundo y á los del mismo Atila.

El cálculo era hábil. Habiendo sido consultada la lista de los hombres de bien al servicio de la corte de Bizancio, fué elegido Maximino, personaje estimado por su rectitud, de la que había dado mas de una prueba en sus misiones políticas, y por otra parte había pasado por toda la escala de altas funciones, menos el consulado.

Nadie reflexionó en qué vendría á parar y cuál sería la suerte, en caso de descubrirse el complot, de aquel hombre cuya honradez debía cubrir el crimen, pues el cunuco Crisafio tenía otras cosas en la cabeza para pararse en la suerte de un solo hombre.

En resumidas cuentas, la ocasión pareció favorable para mostrarse atrevidos con respecto á un enemigo que dejaría bien pronto de causarles temor.

En contestación á la carta de Atila se le respondió que se abstuviese de invadir el territorio romano, y que el emperador le enviaba diez y siete tráfugas, los solos que habían podido descubrir en todo el imperio de Oriente. Esa era la contestación por escrito; pero el emperador debía darle varias explicaciones verbales sobre los demás puntos de la misión de Edecon. Debía decir que el emperador no reconocía en Atila el derecho de exigir embajadores consulares, en razón á que sus predecesores los reyes de la Scitia se habían contentado con un simple enviado, y hasta en muchas circunstancias se les había dirigido un mensajero ó soldado. En fin, el emperador afectaba tener poco aprecio, ó cuando menos manifestaba frialdad con respecto á Edecon, y advertía al rey de los hunos que si deseaba terminar sus asuntos, debía enviarle Onegeso, con quien Teodosio entraría en relaciones. Onegeso era el primer ministro de Atila.

Edecon tuvo conocimiento de esas instrucciones, ó cuando menos de una gran parte de su contenido, y Crisafio le facilitó una entrevista secreta con el emperador. Así pues, aquella embajada tenía dos misiones distintas, completamente extrañas una á otra en cuanto á los hombres y á las cosas, la una patente, manifiesta y capaz de honrar al gobierno romano por el tesón en que estaba concebida; y otra, infame y secreta, pues el embajador marchaba acompañado de un asesino sin saberlo.

Temiendo Maximino fastidiarse solo en tan largo camino ó conociendo que necesitaba llevar consigo un buen consejero, hizo que le diesen para que le acompañase como colega al historiador griego Prisco, cuya amistad era grande entre los dos.

Edecon y Maximino salieron al mismo tiempo de Constantinopla: los dos embajadores debían auxiliarse mutuamente cada uno en su país. Maximino, acostumbrado á esta clase de misiones, regalaba ciertas cosillas de vez en cuando á los jefes bárbaros y los convidaba á comer con frecuencia.

En una de aquellas comidas se animó la conversación con el vino, y se comparó el gobierno de los hunos con el de los romanos.

Cada uno ponderaba la excelencia de su soberano, y estaban ocupados en esto cuando Vigilas dijo secamente que no se podía comparar un hombre con un dios: el dios, según él, era Teodosio. Esa palabra impertinente produjo un alboroto, pues los hunos gritaban y casi amenazaban, de modo que Maximino tuvo necesidad de revestirse de toda su autoridad, secundado por Prisco, para restablecer la calma en aquellas imaginaciones exaltadas.

En fin, todo se arregló mediante algunos regalos que supo hacer con mucho tacto Maximino.

Nada de particular ocurrió hasta la llegada de los embajadores á Naisa.

Esta cuna de Constantino el Grande, era, como Sarcidica, un montón de escombros en donde había algunos enfermos en una capilla que había quedado en pie. Mas allá de Naisa, hacia el nordeste y entre aquella ciudad y el Danubio la comitiva tuvo que atravesar una llanura sembrada de huesos humanos, vestigios de las últimas batallas que habían despoblado aquel desgraciado país. Después de haber atravesado aquellas ruinas y aquel vasto cementerio, llegó á la orilla derecha del Danubio, en donde encontró varios hunos con sus barcas hechas de un solo tronco de árbol.

La orilla bárbara estaba atestada de esas barcas amontonadas unas sobre otras, y que parecían estar allí para que pasase un ejército; y en efecto, los romanos supieron allí que Atila estaba acampado en las inmediaciones, disponiéndose á hacer una expedición hacia el Mediodía del Danubio.

El otro lado del Danubio pertenecía ya á los hunos, y Maximino vió con mucho disgusto que las embajadas se separaron. Edecon, sobre quien contaban los romanos para servirles de guía en aquel país y para presentarles á Atila, los dejó de repente para reunirse con el ejército del rey, tomando al efecto un atajo.

Reducidos, pues, los romanos, á los guías que dejó Edecon, continuaron caminando muchos días, aun cuando un día al oscurecer oyeron un ruido de caballos, y á poco rato se presentaron varios hunos apeándose y diciéndoles que Atila les esperaba en su campamento que estaba muy cerca. En efecto, al día siguiente por la mañana vieron desde lo alto de una colina las tiendas de los bárbaros en número muy crecido, y en medio una especie de pabellón que supusieron ser la tienda del rey.

El punto en que se hallaba la embajada parecía muy ameno y bueno para acampar, y en su consecuencia Maximino hizo descargar los bagajes, y estaban ya principiando á armar sus tiendas, cuando llegó un piquete de bárbaros al galope y lanza en ristre, diciéndoles con tono amenazador:

— ¿Qué hacen ustedes ahí? ¿Por ventura se atreverían ustedes á armar sus tiendas sobre esta altura, cuando Atila está en el llano?

Los romanos volvieron á cargar sus tiendas y fueron á acampar adonde los llevaron aquellos jinetes. Apenas acababan de instalarse, cuando recibieron una visita que no dejó de sorprenderles mucho, pues eran Edecon, Orestes, Scota y otros varios personajes, quienes les preguntaron qué era lo que querían, y cuál era el objeto de su embajada.

La indiscreción ó el ridículo de semejante pregunta dirigida á unos embajadores romanos les sorprendió á tal punto, que quedaron como mudos, mirándose unos á otros, cuando los hunos sin perder tiempo dijeron:

— Contesten ustedes.

La contestación del embajador romano fué decirles que solo al rey debía explicaciones.

Al oír eso Scota pareció picarse, y dijo que el que había hecho esa pregunta la hacía no por sí, sino de orden de su soberano; pero el embajador romano respondió con tesón, diciendo que no debía ni podía dar cuenta de su misión, sino á quien le enviaba su soberano.

Aquellos personajes desaparecieron por un momento; pero luego volvieron, menos Edecon, diciendo y repitiendo palabra por palabra á Maximino el contenido de sus instrucciones, y añadiendo que si no traían otra cosa ya podían volverse.

Maximino no podía comprender semejante cosa; y era el caso que Edecon, ora fuese que nunca tuviese la intención de hacer traición á su rey, ora que supiese que sus pasos y conversaciones estaban descubiertos, lo cierto es que como un hombre diestro tomó la delantera á los enviados romanos y confesó todo á su rey.

(Se continuará.)

Excursion por el Mediodía de Francia.

(Continuación.—Véase el N.º 4,015).

IV.

DE TARASCON A ARLES.

Al salir del desembarcadero de Tarascon, la vía toma una dirección casi enteramente paralela al Ródano, y la sigue hasta Arles. Poco después de haber pasado las últimas casas del arrabal, se deja á la derecha el ferro-carril de Nimes, y el paisaje no ofrece nada de notable.

De Tarascon á Arles, no se halla mas que una estación, la de Segonnaux (6 kilómetros de Tarascon); y así es que el viajero ve con placer las murallas y los edificios de Arles. Sin embargo, antes de consagrarnos algunos momentos de atención á las ruinas monumentales que se distinguen á la izquierda en lo alto de un peñasco: es todo lo que queda de la célebre abadía de Montmajour. ¡Sitio privilegiado que visitan los pintores y los arqueólogos seguros siempre de hacer algún precioso descubrimiento.

Después de haber atravesado el umbral de una puerta ruinosa, el viajero que va á visitar la abadía de Montmajour sube por un camino cubierto de sombra, á un terrado desde el cual admira desde luego un soberbio panorama. Satisfecha su curiosidad, examina las ruinas de construcciones de todas las épocas que hay en esa esplanada en el desorden mas pintoresco. ¡Cosa singular! Las ruinas de los monumentos mas

recientes son las que están peor conservadas. La iglesia principal, edificada en el siglo XI, está casi intacta; su claustro se ve en parte en pie, aunque le hayan quitado casi todas las graciosas columnillas que sostenían sus arcos bizantinos. La torre elevada en el siglo XIV por Pons de Ulmo, levanta todavía su masa en los aires; pero los muros desmantelados de los vastos edificios modernos del monasterio, que se edificó en tiempo de Luis XIV, se hunden á cada instante.

Al extremo del peñón que coronan las ruinas de Montmajour se eleva la bonita capilla de la Santa Cruz. La famosa procesión del Perdón atraía allí todos los años, el 3 de mayo, un número considerable de peregrinos de todos los países que adoraban un fragmento de la cruz de Nuestro Señor para ganar las indulgencias plenarias. Según los padres benedictinos, Carlomagno fundó la capilla de Santa Cruz en recuerdo de una victoria que alcanzó sobre los sarracenos, y apoyaban este aserto en una inscripción incrustada en sus muros. Pero Chanteloup y Bouquet han probado que aquella inscripción grabada en caracteres del siglo XV era apócrifa, y con efecto, es difícil de creer que se diera una batalla hace mas de mil años en esa llanura que, á principios de este siglo, era aun un pantano impracticable.

Estábamos ya en la jurisdicción de Arles cuando hemos visto el monasterio de Montmajour. Ese otro cerro que se descubre después es la montaña de Cordes, sinónimo desnaturalizado de Córdoba, y que consagra el recuerdo de un campamento de los sarracenos de España. Esas supuestas montañas son las últimas raíces de la cordillera de los Alpes ó pequeños Alpes de la Provenza. Algunas de esas cumbres dibujan vagos perfiles en el horizonte y se bañan con esos colores azulados tan bellos bajo el cielo italiano. Como en la campiña de Roma, el paisaje se caracteriza aquí por los accidentados de su horizonte aéreo, pues en la tierra apenas se ven algunos grupos de árboles. A pesar del Ródano, á veces amarillo como el Tiber; á pesar de los arcos del puente de Crau, preciso ha sido que las construcciones romanas de los viaductos del ferro-carril ofrecieran su apoyo á los que quieren absolutamente que las cercanías de Arles se parezcan mucho á las de Roma. El panorama de Arles, gracias á los olivares del Crau, presentaría quizás mas puntos de analogía con el de Jerusalem.

V.

ARLES.

La estación de Arles (ocho kilómetros de Segonnaux), adonde hemos llegado, en tanto hacíamos con la imaginación la pequeña excursión á Montmajour, se encuentra situada no lejos de las orillas del Ródano, al extremo de una magnífica avenida de tilos que conduce á la puerta de la Caballería. Es la estación mas importante de la línea después de las de Aviñon y de Marsella.

Hé aquí pues la ciudad de Arles, erizada en parte aun de sus antiguas murallas todas ruinosas. El espectáculo es melancólico; mas no carece de interés, pues aquí ciertos restos conservan su belleza, y allí hay fragmentos de inscripciones ó recuerdos históricos.

La evocación de los siglos al través de las ruinas de Arles preocupará largo tiempo aun á los viajeros mas indiferentes. El sello monumental de los romanos aparece en Arles por do quiera. Así es que los indígenas llaman á su ciudad el pórtico francés de Italia. Tal es la pretensión de sus arqueólogos que se han afanado á porfía en explorar, estudiar y describir la pequeña Roma de las Galias (*Gallula Roma*). Gracias á MM. H. Clair, Estrangin, Jacquemin, etc., el viajero encontrará en Arles buenos *ciceroni* para visitar la ciudad antigua y la ciudad de la edad media.

A la señal de la llegada de la locomotora todo el pasado de Arles se levanta á vista del viajero, como las generaciones del valle de Josafat.

No podemos hacer mas que nombrar cronológicamente algunos de las fantasmas de esa imponente linterna mágica de los siglos, á saber:

Hércules combatiendo en Arles con dos gigantes, suceso atestiguado, aunque mitológico, por los innumerables guijarros del llano de Crau.

César haciendo de Arles una colonia romana.

Constantino edificando en el Ródano un puente y en los malecones un palacio imperial (el de la Trouille). Mayoriano dando juegos en el anfiteatro y fiestas en el palacio.

Arcadio y Honorio convocando en Arles á los representantes de la Septimania.

Los visigodos rechazando á Clodoveo.

Childeberto recobrando la ciudad contra los visigodos.

Los sarracenos queriendo establecerse en Arles, y luego sucumbiendo bajo la maza vengadora de los hijos de Pepino.

Bozon fundando un reino á costa de Carlos el Calvo, reino confiscado, bajo sus sucesores, por los emperadores de Alemania, cambiado un momento en república; pero conquistado al fin por Carlos de Anjou, y reunido en tiempo de Luis XI á la Francia con el resto de la Provenza, desde cuya época Arles se funde poco á poco en la unidad francesa.

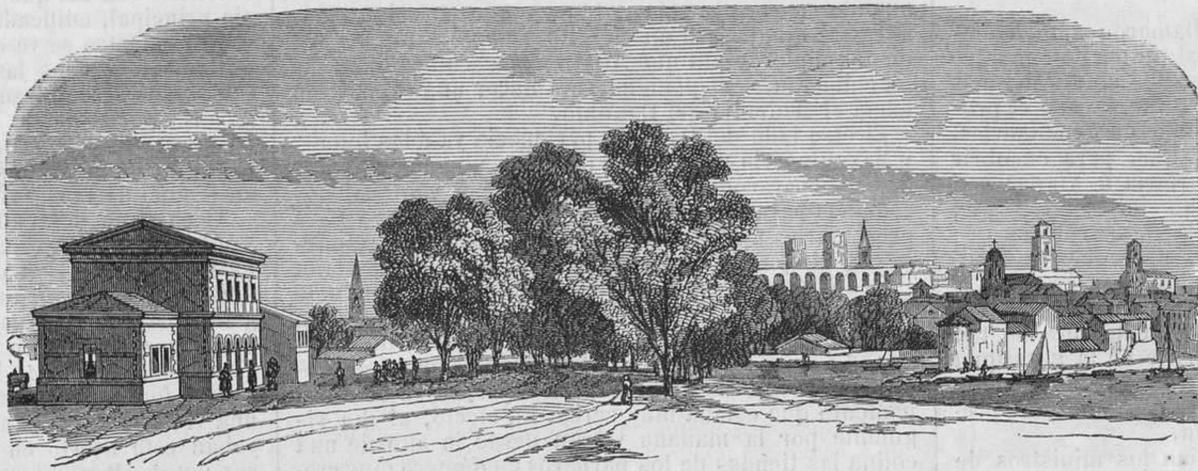
La fisonomía actual de la ciudad se resiente de tantas revoluciones. Como sucede siempre, para edificar han destruido, y en ciertos barrios los exploradores no han tenido mas que quitar una capa de místicos restos para descubrir los preciosos fragmentos de las épocas mas interesantes.

Además de los muchos trozos de columnas, sarcófagos, estatuas mutiladas y otros restos esparcidos aquí y acullá, Arles posee dos grandiosos vestigios de la época romana.

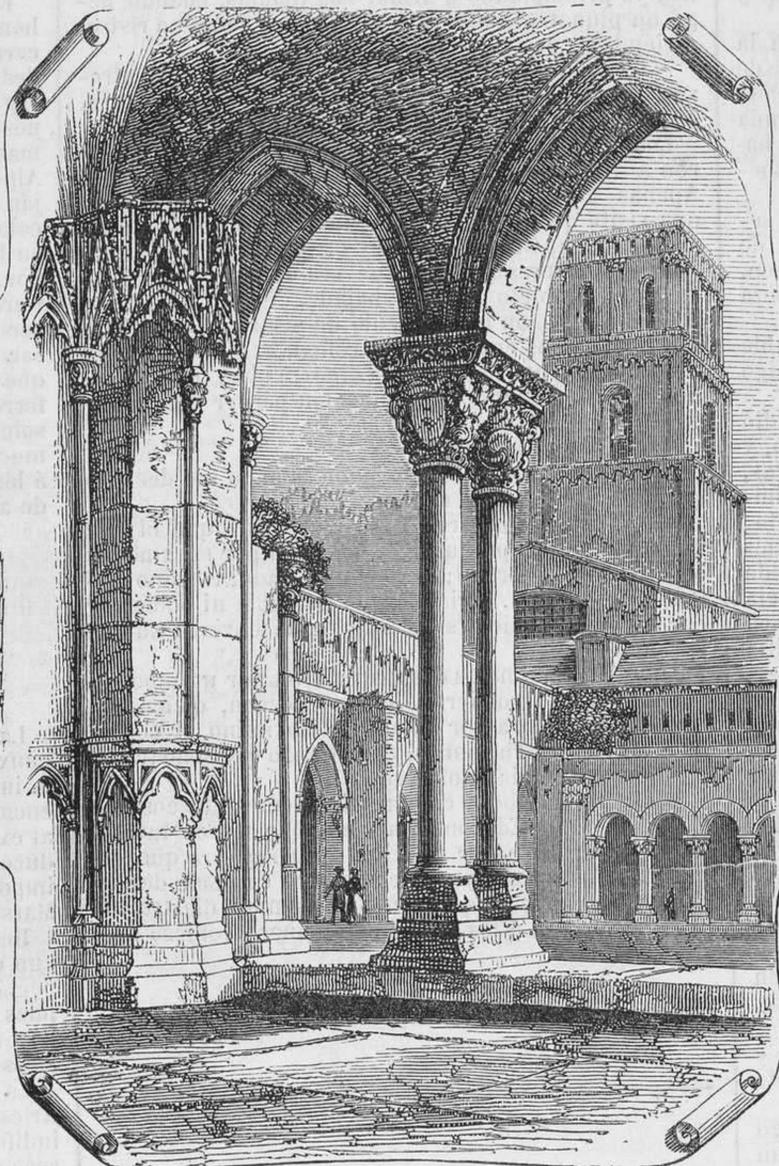
Primeramente el anfiteatro llamado las Arenas, el monumento mas notable de este género despues del Coliseo, y cuyas arcadas se distinguen á la derecha en el dibujo del embarcadero: las dos torres cuadradas que las dominan fueron edificadas en la época de las invasiones sarracenas.

¿El anfiteatro de Arles es del tiempo de Julio César, ó pertenece á los reinados de los sucesores de Augusto?

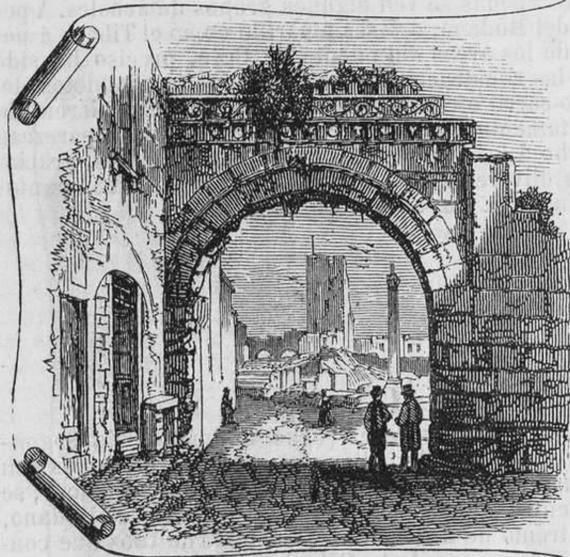
Cuestion muy discutida y no resuelta. Por sus dimensiones, debía tener capa-



De Aviñon á Marsella. — Estacion de Arles.



Claustro de San Trofimo en Arles.



Teatro Antiguo en Arles.

idad para veinte y cinco mil espectadores. Se forman dos hileras de pórticos en Arcadas sobrepuestas, teniendo cada piso sesenta pórticos, el primero dórico y el segundo corintio. La forma ovalada del monumento explica la desigual anchura de los arcos. Su deterioro actual, la doble corona de torres parásitas, pero que hacen su efecto, todo da á las Arenas de Arles un carácter poético que los artistas prefieren á la conservacion mas completa de las de Nimes. En el crepúsculo de las hermosas tardes de la Provenza, nada mas elocuente para la imaginacion que el silencio de esa gran masa arquitectónica que ha sufrido todas las vicisitudes de la historia antigua y moderna.

Las ruinas del teatro antiguo no tienen menos importancia que las de las Arenas. Tal como se encuentra, puede dar envidia á Roma, menos rica en esta

clase de ruinas. Aquí una torre de la edad media que se destaca sobre las arcadas del teatro, indica que los dos edificios figuraban en un sistema de fortificaciones. La tradicion dice que esa torre, llamado de San Rolando, por el nombre de un obispo que degollaron

ra ver los reflejos de las luces en esas fantásticas decoraciones.

Aunque la ciudad moderna no tenga para los artistas la misma importancia que la antigua, Arles debe tambien algunas páginas de su arquitectura al siglo

en el siglo IX los sarracenos, sirvió para defender á la ciudad de las insurrecciones de los infieles.

Además del plano general del teatro, curioso asunto de estudio, hay en ese sitio dos bellas columnas que en otro tiempo adornaron la escena, y un arco que perteneció á los pórticos, y que tiene el nombre de *Arco de la Misericordia*. Mucho han producido en ese sitio las excavaciones que se han hecho, como se puede ver en el museo.

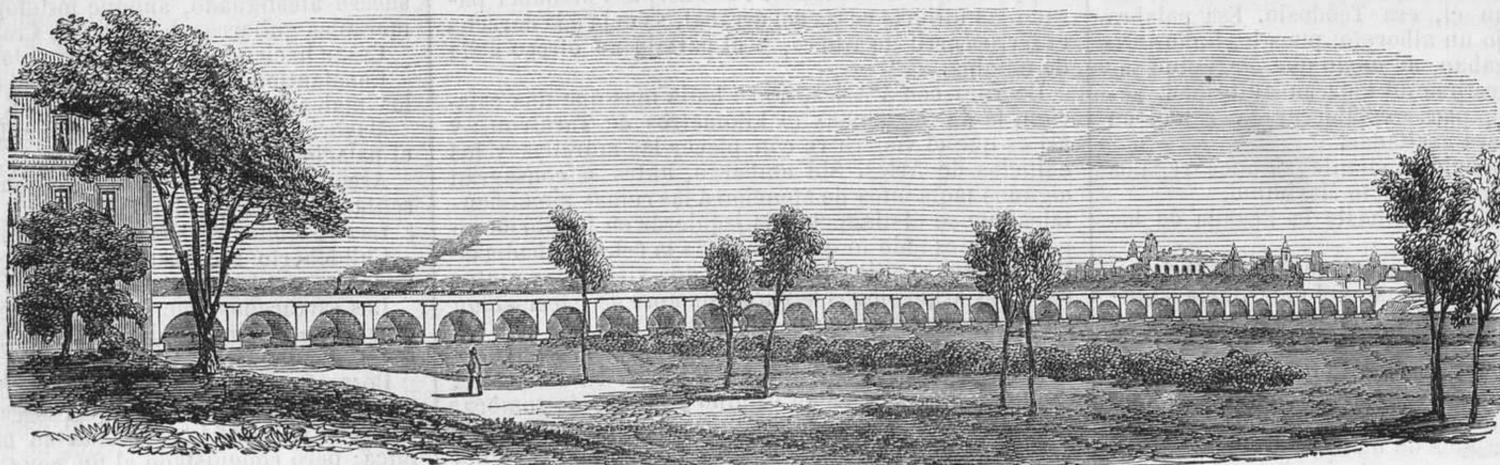
Los monumentos de la edad media cristiana solicitan tambien la atencion en la ciudad de San Trofimo, discípulo de los apóstoles á quien fué dedicada la iglesia metropolitana, despues que se trasladaron á ella las reliquias del santo. Es una iglesia en cruz latina, que no tiene la misteriosa grandeza de las catedrales normandas, ni el esplendor de las basílicas de Roma; pero su distincion particular consiste en su portada historiada, cuadro de piedra del siglo XIII, que representa el Juicio final con una gran variedad de figuras sim-



Plaza de Arles.

bólicas. Por la naturaleza del granito y el efecto del tiempo, el color de la portada de San Trofimo imita el color del bronce.

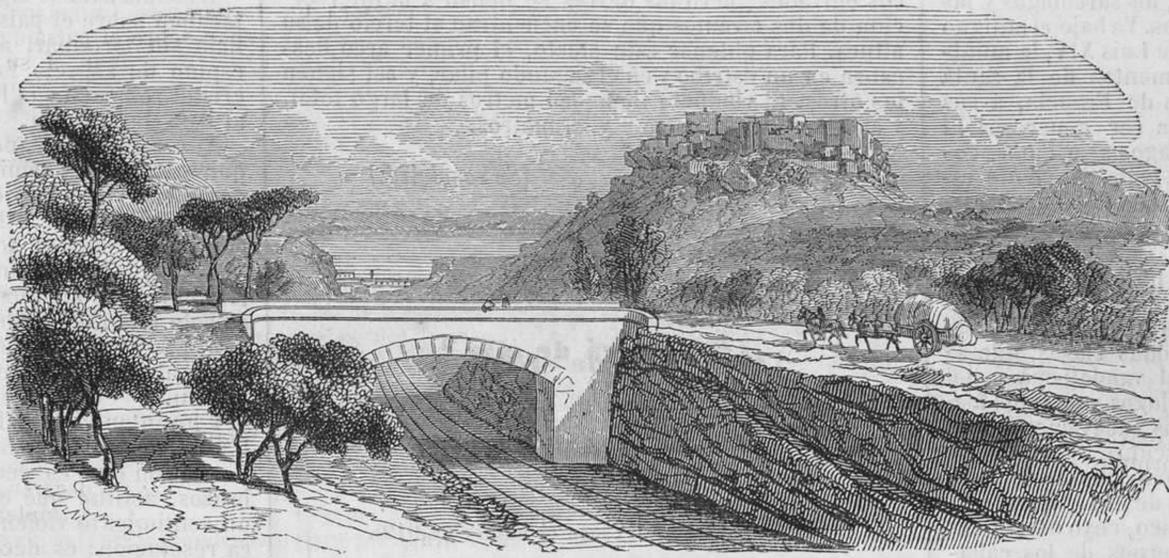
Contiguo á la catedral está el claustro, monumento único por la multiplicidad de sus detalles: cada galeria se compone de una nueva variedad de columnas, cada columna ofrece tambien una variedad en su base ó capitel, como si cada una fuese obra de un artista distinto, uno inspirado en las tradiciones clásicas, otro abandonándose al capricho de su imaginacion. En una noche de luna ó con antorchas, es cuando se



Viaducto de Arles.

de Luis XIV, como sus casas de ayuntamiento, obra de Peytret corregida por Mansard; la torre del Reló es del siglo XVI. El edificio tiene dos fachadas que caen á dos plazas, una grande y otra pequeña: la del Mediodía contribuye, con la portada de San Trofimo, el antiguo arzobispado y la iglesia de Santa Ana convertida en museo, á dar un carácter monumental á la plaza llamada Real ó de San Trofimo. En esa plaza se eleva también el obelisco egipcio que no tenía rival en Francia antes de que pusieran en París el de Luqsor. En tiempo de los romanos el obelisco adornaba el circo de las carreras en carro; se levantó en el reinado de Luis XIV, y se dedicó á este monarca representado bajo la forma de un sol.

No obstante la complacencia de los ciceroni arlesianos, es difícil conocer la ciudad en un día, sobre todo si se quieren visitar las iglesias, de las cuales algunas, como Nuestra Señora la Mayor, San Juan de Moustir, San Antonio, etc., merecen una ojeada; pero es tiem-

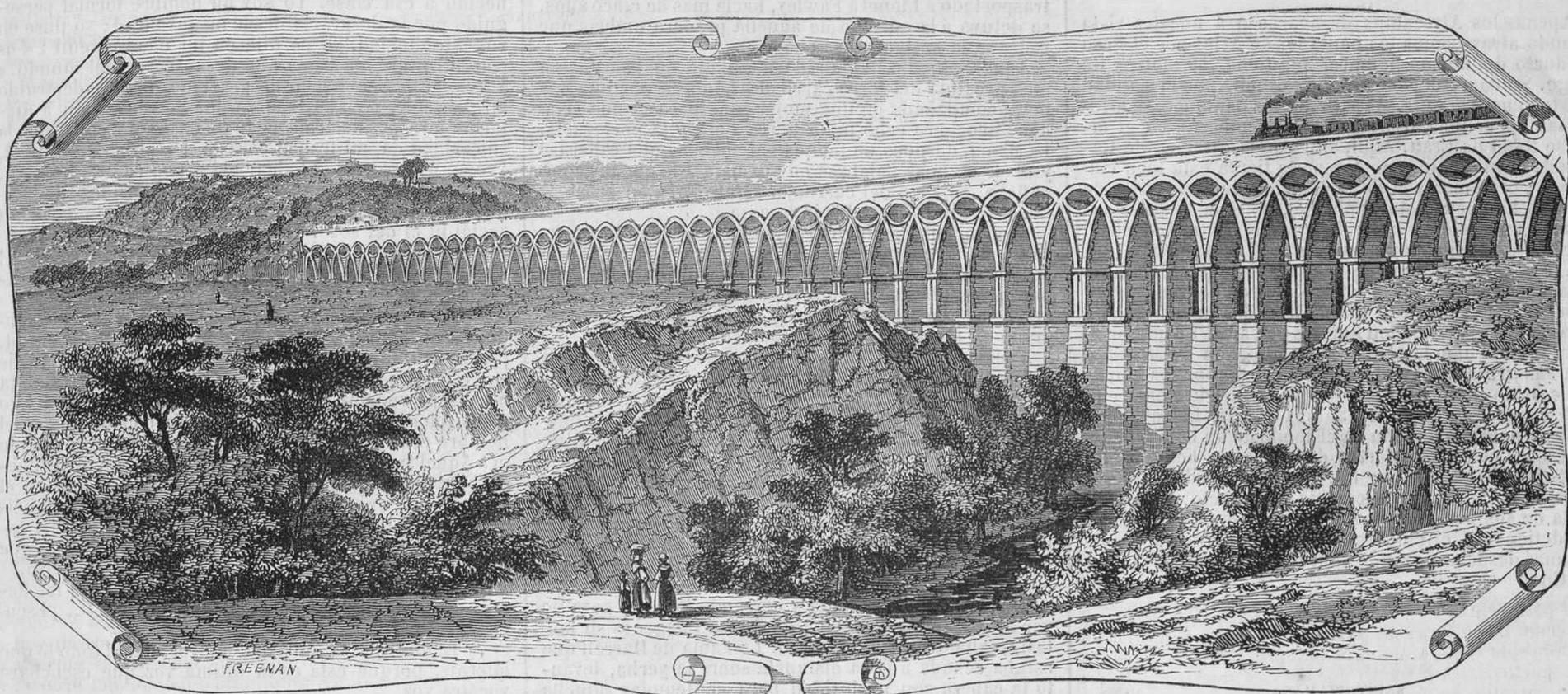


Miramas.

de las orillas del Ródano, bendijo el campo del reposo, y dice la tradición que se apareció Jesús para bendecirle igualmente. En memoria de tan milagrosa presencia, edificaron una capilla muchas veces destruida y reconstruida que se llama aun la capilla de

tierra santa que cundió muy lejos. Todos los ribereños del Ródano morían con el consuelo de que iban á ser sepultados en aquel santo lugar, que la bendición divina protegía de todo maleficio.

Gervasio de Tilbury, mariscal del reino de Arles por



Viaducto del Touloubre en Saint-Chamas.

po ya de proseguir nuestro camino. A poco mas de un kilómetro de la estación pasamos por delante de los Alyscamps, que exigen algunas palabras.

Un viaje histórico podría hacerse al través de los Campos Eliseos de Arles, como se ha hecho á las catacumbas de Roma, y aquí toda la ventaja estaria por la Roma provenzal, pues en los mármoles funerarios de su campo santo está escrita la historia de todas las revoluciones de su destino social.

la *Genouillade*. En otros tiempos una ventana con una reja marcaba el sitio donde el Hijo de Dios se arrojó al lado de Trofimo.

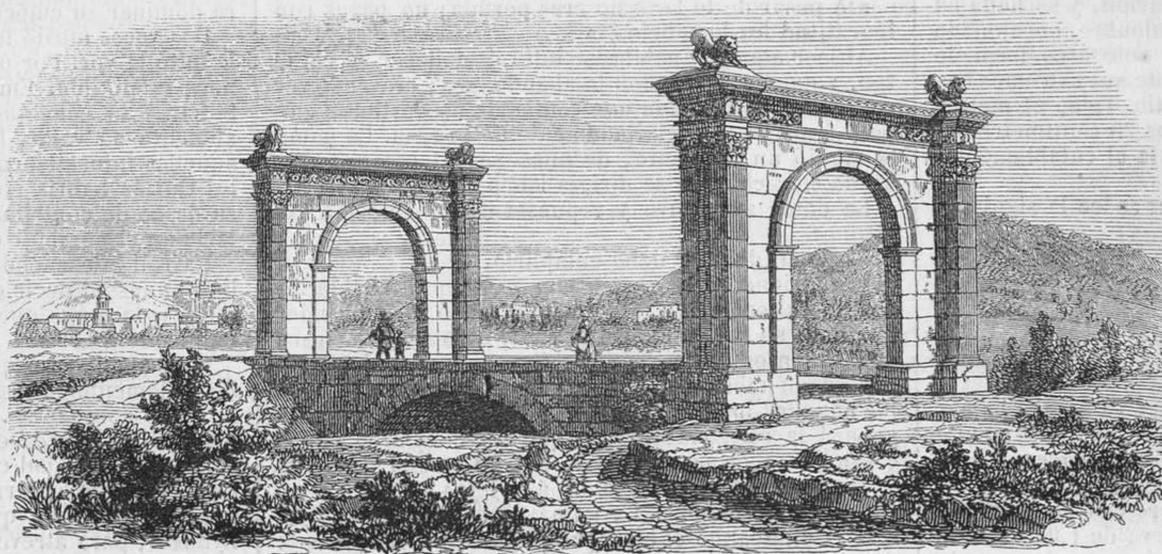
Otras iglesias y capillas cristianas adornaron sucesivamente los Alyscamps, y algunas aun existen, como

el emperador Oton, que escribía en el siglo XIII, decía que bastaba entregar á la corriente del rio un féretro destinado á los Alyscamps, con el dinero del funeral encima, para que llegara exactamente.

El autor del *Ultimo rey de Arles*, M. A. Pichot, habla de esto mismo en los siguientes términos:

« Milagrosa navegacion la de aquellas naves de la muerte, que salían así para Arles, sin timon ni remos, deteniéndose invariablemente en la última casa de la ciudad, y que el clero llegaba á recoger para las bóvedas subterráneas de San Honorato. Cuando los marineros del Ródano encontraban aquellas embarcaciones fúnebres, las saludaban santiguándose, persuadidos de que el ángel guardian del difunto las guiaba al través de los bancos de arenas y desplegaba sus alas protectoras en forma de velas. »

Los marineros de la Roquette (barrio de los marineros en Arles) son hoy algo menos supersticiosos, si bien es verdad también que los anticuarios han sa-



Puente Flaviano en Saint-Chamas.

VI.

DE ARLES A SAINT-CHAMAS.

Antes de ser un cementerio cristiano, los Alyscamps estuvieron consagrados á los dioses Manes, y en las edades del paganismo se llegaba sin duda de Marsella á Arles, como de Nápoles á Pompeya, por una avenida de tumbas. Cuando convirtió San Trofimo á los galo romanos

queado hace tiempo los mausoleos, los sarcófagos y las urnas lacrimatorias de los Alyscamps. Ya bajo el antiguo régimen y aun antes del reinado de Luis XIV, la municipalidad de Arles regalaba monumentos de la santa necrópoli de las Galias á los reyes de Francia, á sus ministros, etc. ¡Buena manera de ser generoso! El museo del Louvre posee así sarcófagos arlesianos, como posee la Venus de Arles, que primitivamente estuvo en Versailles; posee el sarcófago de Cecilia Aprula, como el de Servilio Marciano está en Lyon y el de Flavio Memorio en Marsella.

Así el cementerio de Alyscamps no ofrece en el día más que un vasto campo de devastación: las capillas derruidas, los cubos de mármol mutilados, los fragmentos de piedras tumularias de todas clases, que se han librado de la profanación, del vandalismo y del amor no menos fatal de los arqueólogos y aficionados, le dan un aspecto bien lúgubre. Las excavaciones que se hicieron para el ferro-carril descubrieron otras riquezas. Es mucha lástima sobre todo que no se restaure la iglesia de San Honorato de los Alyscamps, preciosa mezcla de bizantino y gótico, cuyo osario encerraba, según la tradición, los cuerpos de los caballeros de Carlomagno, que dejaron allí en su lucha de gigantes contra los sarracenos:

Della gran moltitudine ch'uccisa
Fu d'ogni parte in questa ultima guerra...
Se ne vede ancor segno in quella terra,
Chè presso ad Arles, ove il Rodano stagna,
Piena di sepolture è la campagna.

(Orlando furioso.)

Apenas los Alyscamps desaparecen á nuestra vista cuando atravesamos los pantanos de Arles por el gran viaducto del mismo nombre, que tiene 769 metros de largo. Su construcción fué muy difícil, por la calidad del terreno del valle. Al salir de los pantanos, se atraviesan las colinas arenosas que desembocan en el famoso llano de Crau. Aquí, antes de la estación de Raphaele (9 kilómetros de Arles), la tierra está bien cultivada; pero más allá de la estación de San Martín de Crau (8 kilómetros de Raphaele), se encuentra el desierto, un desierto horrible que se confunde con el horizonte. Luego hay mas pantanos y comienza otra vez la vegetación, aunque poco importante. Siguen las estaciones de Entressen (11 kilómetros de San Martín) y la de Constantina (3 kilómetros de Entressen), en cuyo punto se distinguen bonitos paisajes. Lo que principalmente llama la atención, es el peñón de *Miramas* con sus grutas y cavernas, y dominado por las ruinas del castillo del mismo nombre; las construcciones pintorescas del polvorin de Saint-Chamas, la población de este nombre sentada en el fondo de un bonito valle, entre dos colinas cubiertas de olivos; la bella ermita de Saint-Chamas, y por fin, el estanque de Berre. A cada instante el paisaje cambia de aspecto sin perder nada de sus hechizos, hasta el momento en que el tren se detiene en el embarcadero que domina á Saint-Chamas desde una grande altura (3 kilómetros de Constantina).

VII.

SAINT-CHAMAS.

Saint-Chamas merece un paseo.

No es porque ese pueblecillo de 2,650 habitantes ofrezca en sí el menor interés, sino porque tiene un polvorin, una ermita y un puente romano dignos de ser vistos.

Bajemos pues por esos pintorescos senderos, que no sentiremos la excursión, sobre todo si visitamos la ermita desde donde se descubre uno de los mas hermosos panoramas de la Provenza.

Del polvorin solo diremos que es uno de los mas importantes que hay en esa parte de Francia.

El puente antiguo, llamado *punte Flaviano*, dista unos quinientos pasos de la población, y se halla en medio de un llano. Atraviesa el Touloubre, encajonado entre las peñas, y consiste en un solo arco formado de piedras enormes; en cada uno de sus extremos hay un arco de triunfo de orden corintio. Tiene 21 metros 40 centímetros de largo, y 6 metros 20 centímetros de ancho: la altura de los arcos, hasta el entablamento, es de 7 metros.

En el friso de las caras exteriores se lee la siguiente inscripción:

4. DOMINVS, FLAVVS, FLAMEN, ROMÆ ET AVGVSTI
TESTAMENTO, FIERCE, IVSSIT. ARBITRATU
6. DONNEI. VENÆ ET CATTEI. RUFEL.

Pero el camino de hierro ha dotado á Saint-Chamas de otro puente mas admirable que ese antiguo puente romano. Nos referimos al gran viaducto sobre el cual atravesaremos el Touloubre al salir del pueblo.

Es una de las obras mas pintorescas de la línea. Encuéntrase al extremo de una curva de 4,000 metros de radio, por manera que antes y despues de pasarle se ve perfectamente. Aquí el ingeniero ha prescindido de las formas clásicas. Su viaducto se compone de ar-

cos ogivados; pero las ogivas se deben á la intersección de dos círculos que se encuentran al tercio de su altura. Para obtener este efecto, el primer arco descansa en un estribo y en el segundo pilar, y así siguen los otros. El viaducto tiene 385 metros de largo total, y su altura varia entre 9 y 26 metros.

(Se concluirá.)

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 4,019).

LIBRO NOVENO.

I.

Era un día sereno en ese melancólico intermedio de las dos estaciones, cuando el otoño ha cesado en realidad, y el invierno no ha empezado aun de una manera visible. El mismo carruaje de alquiler que habia transportado á Lionel á Fawley, hacia mas de cinco años, se detuvo á la entrada de aquella pradera umbria que rodeaba la antigua casa señorial.

Aquel vehículo habia sido alquilado en la estación mas próxima del ferro-carril de Londres por una dama, acompañada de una mujer, que parecia una criada. El cochero echó pié á tierra y abrió la portezuela. La dama, despues de mandar al cochero que esperase y decir algunas palabras en voz baja á la que la acompañaba, se apeó del carruaje, se envolvió en su abrigo, y se dirigió sola hácia la casa.

Al principio caminaba rápidamente con paso firme. Aun sentía la excitación de la resolución de aquel viaje tan súbitamente decidido como puesto por obra; pero á medida que avanzaba entre aquellas venerables arboledas, su ánimo empezó á decaer. Se detuvo arrojando en torno suyo una mirada tímida y vaga.

Aquellos lugares no eran nuevos para ella. Llevaban á su mente mil recuerdos de los alegres días que habia pasado allí en su infancia jugueteando sobre la yerba y bajo aquellas verdes enramadas; y entre aquellos gratos recuerdos, se mezclaba uno mas amargo, el de la última visita que hizo mas tarde, (cuando la niña se habia transformado en una jóven encantadora) á aquella casa que aun le impedían ver las ondulaciones del terreno y los grandes árboles despojados de hojas; pero cuya existencia revelaban algunas ligeras columnas de humo que se elevaban en la límpida atmósfera.

La dama bajó la cabeza y cerrando los ojos para no ver el paisaje que poblaba de tantas imágenes su fantasía, exhaló un débil suspiro. La gama de Darrell que estaba echada á poca distancia sobre la yerba, levantó la cabeza con curiosidad para contemplar aquella extranjería que iba á turbarla en su soledad; pero al oír la suspirar, desechó su temor, y se acercó á la pobre afligida hasta tocar sus vestidos. Compañera de Darrell en sus horas de tristeza, se habia familiarizado con los suspiros, y al oírlos sentía cierta cariñosa compasión.

Llena de admiración, la hermosa afligida, levantó sus lánguidos párpados y encontró los dulces y negros ojos de la gama, negros y dulces como los suyos. El animal llevaba al cuello un sencillito collar, nuevo, colocado recientemente según todas las apariencias, con un escudo de plata; y como el animal aproximaba á ella su cabeza como para recibir sus caricias, la dama leyó la siguiente inscripción en italiano:

« A pesar de tu sexo no eres pérfida; no pagas con ingratitud los beneficios. »

Al leer aquellas palabras sintió desfallecer su corazón, y que su resolución le abandonaba; creyendo ver en aquella inscripción una sentencia de destierro empezó á alejarse precipitadamente de la casa. La gama la siguió un momento, despues se internó por una senda estrecha que se dirigía hácia el pequeño lago.

La dama se detuvo y repuesta de su emoción exclamó:

— Es mi deber y debo cumplirlo.

Y cubriéndose el rostro con su velo que habia levantado al entrar en la posesión, volvió á emprender de nuevo su camino hácia la casa, pero absorbida en sus pensamientos varió de dirección, siguiendo la senda por donde habia echado la gama, quizás recordaba mejor aquellos lugares, porque por aquella senda se llegaba á la casa mas pronto que por el camino de los carruajes. Bien pronto divisó el lago sereno y brillante como un espejo, reflejando á lo lejos los árboles en sus apacibles aguas. La gama se detuvo; levantó la cabeza olfateando el aire, y desapareció bruscamente detrás de uno de aquellos montecillos llenos de arbustos, que daban á aquel parque el aspecto de un bosque salvaje.

La dama avanzó algunos pasos; á su derecha se destacaban sobre el paisaje las nobles torrecillas del edificio sin terminar, á su izquierda, bajo un nudoso espino de aspecto fantástico al borde del lago cuyo cristal reflejaba sus hojas, vio á Guy Darrell sentado al lado de la gama.

Al ver de una manera tan inesperada al hombre á quien buscaba y temia encontrar al mismo tiempo, la dama lanzó un grito débil, aunque agudo, y Darrell se levantó vivamente. Al contemplar á aquella mujer con el rostro velado en actitud suplicante:

— ¡Atrás! murmuró medio delirante. ¿Es un espíritu el que se aparece ante mí en mi triste soledad, ó es solo una ilusión, un sueño?

— ¡Soy yo, yo! ¡aquella Carolina á quien amábais y hoy aborreceis! ¡Perdonadme! Yo no he venido aquí por mí.

Y levantando el velo que cubria su rostro, miró á Darrell como si quisiera excusar su presencia.

— ¿Con que es decir, dijo Darrell cruzándose de brazos, actitud que empleaba cuando queria calmar un sentimiento violento ó confirmarse en una energética resolución; es decir, Carolina, marquesa de Montfort, que al fin tenemos que encontrarnos frente á frente? Ya comprendo: ¿Lionel Haughton os ha enviado ú os ha mostrado mi carta?

— ¡Oh! M. Darrell, cómo habeis tenido valor para expresaros en semejantes términos al hablar de...

— De la que ha despedazado mi corazón pisoteándolo en el lodo. Es cierto que la gente frívola diría: « ¡Qué horror! Ningun hombre galante debe hablar en esos términos de una señora. » Cuando un galán, de esos que hacen del amor un pasatiempo, es rechazado por su dama, muestra su pesar en buenos términos, se despide cortesmente. Pero yo nunca he pertenecido á esa clase. Yo soy un hombre formal perseguido por la desgracia desde mi juventud; yo puse en vos mi felicidad, yo os dije en mi edad juvenil: « os consagro mi vida hasta que desaparezca del mundo. » Y vos me habeis hecho desgraciado, habeis destruido mi porvenir. ¿Y aun teneis valor de venir aquí á dictarme leyes, á decirme cuando os hablo con toda la sinceridad de mi franco corazón: « ¡Oh! M. Darrell, ¿cómo os atreveis á hablar así á una señora? » ¡Ah, mujer! ¿no sois la mas pérfida de las pérfidas? La perfidia no puede reclamar el privilegio de la posición social ni el del sexo.

— ¡Darrell! ¡Darrell! ¡Darrell! ¡perdon! ¡perdon! ¡Mi castigo ha sido tan terrible! ¡soy tan desgraciada!

— ¡Vos! ¡vos desgraciada! Despues de haberos vendido á un hombre, que os agradó mas por su juventud, por sus títulos, por las lisonjas del mundo, encontráis entre las hojas de rosa de vuestro tálamo una arruga que raspa vuestra epidermis, y creéis eso un castigo proporcionado á vuestras faltas. Es cierto que aquel hombre era... ¿pero á qué he de hablar ahora mal de él? Aquel hombre fué vuestro castigo, cuando despues de haberle aceptado por su rango, reconocisteis en él un esposo á quien no podiais amar ni honrar. Habeis sido falsa é ingrata con el hombre que elegisteis, como con el hombre á quien abandonasteis. Y ahora que habeis enterrado al uno, intentáis degradar al otro.

— ¡Degradarle! ¡Oh! eso es injusto. Todas las demás reconvenções las merezco, ¡pero esa!... ¡Escuchadme! ¡oh! si, me debeis escuchar.

— Tendré que resignarme á oiros. Decid todo lo que queráis, porque esta es la última vez que escucharé vuestra voz.

— ¡Bien! será la última.

Carolina hizo una pausa como para coordinar sus ideas. Por extraño que parezca á los que nunca han amado, aquella mujer encontraba un amargo placer en medio de su dolor y de su humillación, al verse en presencia de aquel hombre, del cual habia sido desterrada en su juventud; hasta encontraba un encanto inexplicable en aquella tempestad de crueles y duras reconvenções; porque comprendía instintivamente que aquel hombre no se expresaría en semejante lenguaje, si no quedase un resto de su antiguo amor en lo mas profundo de su alma.

— Hablad, dijo Darrell con dulzura, conmovido á su pesar por los visibles esfuerzos que hacia Carolina para dominar su emoción.

Dos veces movió los labios para hablar, y dos veces le faltó la voz. Por último pudo expresarse de una manera inteligible. Empezó abogando por Lionel y por Sofia, y el celo que empleó para defender su causa aumentó su valor. Explicó su conducta, rechazando aquellas injustas acusaciones. ¡Ella intentar degradarle! Quizás habria ido demasiado lejos arrastrada por su deseo de contribuir á su felicidad, queriendo evitarle en el porvenir crueles remordimientos.

Darrell la escuchó al principio con serena altivez, limitándose á decir con respecto á Lionel y Sofia:

— Nada tengo que añadir á la resolución que he comunicado á Lionel.

Pero cuando vio que Carolina queria confundir insensiblemente su propia causa con la de los jóvenes no pudo contenerse.

— ¡Mi felicidad! exclamó. ¡Oh! Bien habeis demostrado la sinceridad con que os habeis interesado por ella. ¡Queréis evitarme remordimientos! ¡Ha olvidado lady Montfort que en otro tiempo era Carolina Lyndsay, para atreverse á representar el papel de mi ángel bueno, pretendiendo librarme de los remordimientos de mi conciencia?

— ¡Ah! murmuró Carolina con voz débil, ¿cómo po-

deis creer, por mas que las apariencias me sean desfavorables, que soy ingrata y pérfida?

— ¡Las apariencias!

— Si, comprendo que las apariencias están en contra mía. Pero ¿podeis creer que cuando me fué licito manifestaros mis remordimientos, hablaros de mi gratitud, no era sincera? ¡Ah! Darrell, Darrell, no lo creais. La carta que os escribí hace un año, en la cual humillaba ante vos mi orgullo de mujer, como lo hago hoy al venir aquí á hablaros, aquella carta en la cual os preguntaba, si era ya imposible que me perdonárais, demasiado tarde para expiar mi falta, la escribí de rodillas. Era mi corazón el que hablaba. Escuchad. No creais que puedo alimentar aun una esperanza que vos habeis destruido de una manera tan humillante para mí. (Al decir esto sus mejillas se encendieron con un vivo rubor). Yo no os reconvengo, no, y permitidme que os lo diga; no creo que deba avergonzarme por vuestra severidad como me hubiera avergonzado al dirigirme á otro y no á vos, á vos á quien he respetado tanto desde mi infancia que...

— ¡Ah! no temais, dijo Darrell interrumpiéndola con cólera, no temais que yo forme mal concepto de vos; vos no os hubierais dirigido en esos términos á un joven favorecido por la naturaleza y la fortuna. ¡No! vos, beldad orgullosa, hubierais quemado vuestra mano antes que escribir á un joven, amado como lo son los jóvenes; en los términos que lo habeis hecho sin creeros humillada á un viejo respetado como lo son los viejos. Pero mi corazón es joven, y ese respeto de que os jactais fué para mí un insulto, un sarcasmo. Yo hice pedazos vuestra carta, y os la envié sin una palabra de respuesta. Insulto por insulto. No os creisteis humillada al ver rechazada con tan duro desprecio vuestra compasión. ¿Y por qué os habiais de creer humillada? Rechazar la compasión, no es rechazar el amor. El hombre no era menos viejo por no haberse conformado con su edad.

Aquella interpretación de su tierno arrepentimiento, aquella explicación del amargo desden de aquel hombre, llenó de sorpresa á lady Montfort. ¿Procedería de la dolorosa agonía de su lacerado amor propio aquel orgullo que cifraba en despreciarse á sí mismo? Un rayo de luz hizo comprender á Carolina la profundidad del abismo de dolor á que habia lanzado al hombre á quien tanto amaba. En vano intentó expresar sus sentimientos. Solo pudo murmurar:

— Os he ofendido; perdonadme.

Quería exclamar:

— Vos me despreciáis, y yo os amo.

Pero estas palabras no pudieron salir de sus labios sobrecogida de terror ante la indignación que brillaba en los ojos de Darrell:

— ¡Ah! dijo Darrell siguiendo el curso de sus pensamientos, y dominado de tal modo por su indignación, que apenas parecía reparar en la presencia de Carolina. ¡Ah! yo decia, esa mujer cree que yo estoy triste, que no puedo vivir sin ella, que mi alma para vivir necesita contemplar su falsa sonrisa. Cree que me subyuga y me esclaviza de tal modo, que tendré que perdonar su traición porque su imagen me perseguía en otros tiempos hasta en mi sueño. Se engaña, ella no es necesaria á mi existencia; yo me libré de su poder hace años, muchos años. Yo la haré ver, ya que se digna acordarse de mí, que no soy tan viejo que pueda darme por satisfecho con los despojos de un corazón que ha pertenecido á otro. Yo amaré á otra, yo seré amado. No podrá decir en la secreta alegría de su triunfo: «El viejo chochea cuando me rechaza.»

— ¡Darrell! ¡Darrell! ¡Sois injusto! ¡Sois cruel! Prefiero que me mateis á oiros hablar así.

Darrell no fijó la atención en aquella exclamación. Sus palabras vibraron con aquella armonía que en sus momentos de ternura ó de ira daba á su voz un poder mágico que subyugaba y fascinaba á cuantos le oían.

— Pero vuestro ha sido el triunfo; mirad, aun estoy solo. He frecuentado la sociedad de las jóvenes hermosas, he anunciado mis proyectos de matrimonio. Pero ¡ay! mis ojos solo fueron cautivados por un momento, y era por un objeto que llevaba á mi mente vuestra imagen. Yo vi un rostro hermoso, radiante con su virginal esplendor; lleno de emoción me acerqué á él; despues me alejé suspirando; no era el vuestro. Oí una risa argentina, fresca como una mañana de abril, y dije en mi interior: «¡Escucha! ¿no es esa la voz dulce y alegre que disipaba en otro tiempo todas tus penas?» La oí y olvidé la gravedad de mis años. Porque la voz que escuchaba me recordaba la vuestra. Pero entonces la prudencia me dijo en voz baja: «Teme ese rubor pérfido, teme esa risa engañadora. Busca para compañera un alma serena que simpatices con la tuya.» Vos habeis matado para mí vuestro sexo. Ya no puedo amar á ninguna mujer. Sin embargo, yo decia entre mí: «Me casaré. Hace diez y ocho años que estamos separados. No viéndola permanecerá siempre la misma en mi corazón. Volveré á verla: el cambio que el tiempo debe haber producido en ella me curará.» Y os vi un momento furtivamente, y á mi memoria acudieron con violencia todos los recuerdos del pasado. Entonces huí sin poder esperar arrancar de mi alma el pensamiento que envenena mi vida.

— ¡Dios de bondad! ¡Qué oigo! exclamó Carolina levantando sus manos en actitud suplicante. ¡Es tan grande mi crimen! ¡Es tan imperdonable! ¿Puedo yo haber inspirado á un corazón tan noble una afección tan profundamente arraigada? ¿Por qué no he de poder reparar mi falta? Vos no habeis dejado de amar-

me. Aunque creais que esto es odio, es amor, es que os amo todavía. ¿Ahora que no hay ninguna barrera que separe nuestras existencias, ahora que comprendo vuestro amor por el mismo dolor que os he causado, no puedo volver á ser para vos la Carolina de otro tiempo?

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! dijo aquel hombre implacable con amarga risa. ¡He aquí el verdadero carácter miserable de la mujer bajo su falsa apariencia! ¡Esas son las delicadas criaturas que apenas osamos galantear! ¡Cuán poco comprenden la idolatría que inspiran! ¡La Carolina de otro tiempo! ¡Cómo! La virgen cuya mano toqué con respetuosa ternura, cuyo primer beso tímido fué para mí la brisa del paraíso, esa virgen me abandona, se vende á otro al pie del altar, santificando allí su infidelidad hácia mí; y cuando han transcurrido años, y la muerte del preferido le ha devuelto la libertad, se acerca á mí como si nunca hubiera descansado su cabeza en el seno de otro hombre y me dice: «Yo puedo volver á ser la Carolina de otro tiempo.» Los hombres como yo son demasiado rudos para perdonar la perfidia. ¿Dónde está la Carolina que yo amé? Vos... vos sois milady Montfort. Mirad en torno vuestro. Mirad este verde césped donde jugábais en vuestra niñez con mis hijos. Ya no existen, pero para mí han muerto menos que vos. Yo no pensaba entonces que una criatura tan bella podría ser mas que una hija para mí en mi edad madura. Entonces, si yo dirigía una mirada á vuestro porvenir, pensaba, sin que tal pensamiento me causara el menor dolor, que podría llegar á ser una mujer y pertenecer á otro. Enviudé y no pensé en volver á casarme. Mi hijo crecía, llegaría á ser hombre, podría gozar de mis riquezas y realizar mis mas queridos sueños. Pero mi hijo murió. ¿Quién tuvo entonces bastante poder para consolarme? ¿Quién tuvo valor para penetrar en la habitación donde yo lloraba tristemente? ¿Quién me consoló con su melodiosa voz, y dulcificó con sus lágrimas la amargura de las mías? ¡La Carolina de otro tiempo! ¡Ah! vos llorais ahora, pero ¿qué influencia pueden tener sobre mí las lágrimas de lady Montfort? Entonces os consideraba como una niña querida, como un ángel de consuelo. Un año despues, mi hija, en la cual fundaba yo todo el orgullo de mi casa, toda la esperanza de mi raza, cuya felicidad era para mí mas cara que toda mi ambición, hasta tal punto que negué su mano al joven lord de Montfort, aquel maniquí que despojado de sus títulos, no era digno de reemplazar á un muñeco, mi hija... Una noche la estrechaba entre mis brazos suplicándola que me abriese su corazón si algun día llegaba á alimentar un deseo que yo pudiera satisfacer, un dolor que yo pudiera mitigar. Ella me lo prometió, inclinando su frente como para recibir mi bendición. Y antes de brillar la aurora habia huido con un miserable, cuyo contacto era ignominioso, y la perdí para siempre... Entonces vine aquí á exhalar ante la tumba de mi padre la indignación y el dolor que no quería demostrar ante los ojos del mundo, y vos y vuestra madre (que me profesaba una amistad tan sincera y un reconocimiento tan profundo) vinisteis á participar de mi soledad, y entonces... ¡entonces no érais ya una niña!... Un rayo de luz iluminó mi vida tan triste hasta aquel día, era el esplendor del rostro de la Carolina de otro tiempo.

Darrell se detuvo un momento sin fijar la atención en los sollozos de Carolina. El exceso de la angustia que es al dolor lo que el éxtasis á la alegría, le quitaba la conciencia del presente. Se sentía arrebatado por el torrente de sus pensamientos que se escapaban con violencia del fondo de su corazón, donde se habian ido reconcentrando en los largos dias solitarios, y las noches de insomnio de su amarga vida. Y en aquella pausa se dejaron sentir á lo lejos tristes y melancólicos acentos, la brisa los llevaba suavemente en sus alas sobre las azuladas aguas á través de la enramada de otoño. Eran los acentos de la mágica flauta.

— ¡Oid! dijo Darrell. ¿No os acordais? Mirad aquella frondosa haya allí abajo. Era un dia de verano. ¿No os acordais? Estábamos sentados bajo aquel árbol; las mismas notas, la misma música melodiosa se dejaba sentir, parecía una voz del país de las hadas, que interpretaba los latidos misteriosos de mi corazón. Vos implorábais mi perdón por aquella hija menos ingrata, menos pérfida que la que intercedía por ella. Yo os escuchaba olvidando mi cólera y mis resentimientos, y murmuraba sin pensar en mí mismo: «Feliz el hombre á quien reconvenais por sus errores con vuestra angelical caridad, cuyos disgustos disipeis con vuestra ternura. Cuando pasen algunos años, cuando tengais hijos, confiadme la niña que mas se asemeje á vos, para colocarla en el lugar de esa hija, á la cual no podré perdonar hasta que otro objeto querido me sirva de consuelo, pueda hacerme olvidar el recuerdo de su perfidia, y el temor de la vergüenza.» Si, en el momento en que dejé de hablar, llegó esa música á mi oído, y mientras los ecos encantados la repetían, os miré y vi vuestros ojos fijos en los míos, y vi el rubor de vuestras mejillas, y oí de vuestros labios una música mas dulce que aquella suave melodía, y comprendí de pronto, como por una revelación, que la niña era ya una mujer, la mujer á quien yo amaba. Sentí bañada mi alma por los rayos de la esperanza, y al brillo de aquella luz, el universo resplandeció á mi vista rico en colores. ¡Oh! ¡la Carolina de otro tiempo! Y ¿qué tiene de extraño que yo la amara con tanto delirio? Cuentan que en la antigüedad un hombre desterrado de su país natal consultó á un oráculo, y el oráculo le dijo que buscara una isla mas dichosa

situada en mares desconocidos. Confiando en las palabras del Dios, colocó al punto en una barca todo lo que poseía, reunió en aquel altar que iba á abandonar á merced de las olas las últimas cenizas de su abandonado hogar, sus dioses penates desterrados. Yo hice lo mismo que ese hombre, yo concentré en vos toda la ternura, todo el amor que atesoraba mi alma... Yo abandoné mi patrio suelo, el cielo bajo el cual nací; he recorrido el vasto océano del tiempo, y no he encontrado la dorada isla prometida. ¡Fábulas! ¡fábulas! ¡oráculo engañador! ¡frágil barquilla! ¡isla ilusoria! Hasta entonces habia vivido sin amor, habia pasado mi vida en áridos trabajos, sin un sueño poético; no conocí el amor hasta el dia en que una varilla mágica hirió la roca haciendo brotar un torrente, y cada gota de agua reflejaba el brillo de una estrella, de una sola. Desde mi infancia, como todos los jóvenes, habia soñado con un ideal. Al fin encontraba aquel ideal; era ella bajo aquellos frondosos árboles, la Carolina de otro tiempo. ¡Oh! desgraciada mujer, ¡llorais ahora á mi lado! razón tenéis para llorar. Nunca podreis encontrar en la tierra un amor como el mio y lo habeis perdido.

— ¡Lo sé, lo sé! ¡Qué insensata, qué insensata fui!

— Si, pero consolaos. Mi locura fué mayor que la vuestra. Tenia razón vuestra madre. «No es mas que una niña, me decia, no comprende aun su corazón. Tanto por vuestro interés como por el suyo, insisto en que experimenteis los efectos de la ausencia. Dentro de un año vereis si piensa lo mismo que ahora.» Admiré su frialdad; pero mi orgullo se sometió á aquella prueba, aunque sin temer su resultado, os lo confieso. ¡Ah! cuán radiante era vuestra sonrisa cuando me dijisteis en vuestra despedida: «El próximo verano me volvereis á ver.» En vano, bajo el pretexto de hacer mas completa la experiencia, os llevó vuestra madre al extranjero; en vano nos exigí la solemne promesa de que no mediara entre nosotros una sola carta, que nuestro amor fuera un secreto para todos; en vano intentó martirizarme con la duda. En mi conciencia, una duda es una traición. ¡Cómo creció entonces mi ambición! La gloria me parecía un mensajero que iba á hablaros de mí. Al oír resonar los aplausos, decia entre mí: «Es imposible que intercepten el aire que llevará mi nombre á su oído. Todos los honores que logre alcanzar los presentaré como regalos de boda á mi prometida esposa.» Mirad ese edificio sin concluir: lo empecé á construir cuando nació mi hijo; lo suspendí cuando murió, lo volví á emprender con un plan mucho mas vasto, cuando pensaba oír en él vuestras pisadas, ver vuestra sombra en sus muros. ¡Esa obra ha quedado suspendida para siempre! Los arquitectos pueden construir un palacio, pero no pueden animar un hogar. Y vos... vos entre tanto sonreiais á otro hombre, consagrábais vuestros pensamientos á otro corazón.

— ¡No, no! Vuestra imagen nunca se apartó de mi alma. ¡Fuí una loca! me ofuscaron, me envolvieron en una pérfida red. En la carta que me devolvisteis os dije cómo habia sido engañada.

(Se continuará.)

Estrasburgo.

LA ANTIGUA BANDERA. — LAS NUEVAS OBRAS DE FORTIFICACION.

Estrasburgo tenia antiguamente dos banderas ó estandartes, una grande y otra pequeña. La grande, llamada tambien *bandera de sangre* (*Blut-hfave*), porque solo se desplegaba en tiempo de guerra, media 7 varas y media de altura sobre 6 y media de ancha, era magnífica, y segun Koenigshoffen, el oro que la cubria valia 80 ducados, valor considerable en aquel tiempo. Representaba la imagen de la Santísima Virgen sentada con los brazos extendidos y teniendo el niño Jesus en la falda, como se ve en nuestro dibujo.

La pequeña ofrecia el mismo asunto en menores proporciones, y á su cabeza se leia la siguiente inscripcion:

VENITE AD PUERUM CHRISTUM OMNES QUI ONERATI ESTIS.

(Venid al niño Jesus todos los que padecéis.)

Las dos banderas se conservaban en la torre donde se guardaban las alhajas de la ciudad, torre que se destruyó por su vejez, y entonces las dos banderas se trasladaron al *Luchhof* donde estaba la direccion de las construcciones públicas de la ciudad, y por fin al Hotel de Villa, en la plaza de Gutenberg.

En el dia no existe mas que la pequeña, pues la grande pereció en el saqueo de 1793.

Sin embargo, en la Biblioteca pública de la ciudad existia antes del bombardeo prusiano, un antiguo cuadro en tabla de 1 metro 80 de ancho sobre 1 metro 50 de alto que representaba el mismo asunto que las antiguas banderas, pintura ejecutada con gran talento.

No se está de acuerdo sobre la época en que se ejecutó este cuadro. Tiene la fecha; pero la segunda es tan dudosa, que unos creen es un 2 y por lo tanto la pintura sería de 1288. Andrés Silckermann es de esta opinión: presume que sirvió de modelo para hacer las banderas, que se mencionan ya en 1360 y después en 1440 en la época en que el emperador de Alemania Federico III (que concedió un blason á los impresores) se coronó en Roma.

Las banderas de Estrasburgo se llevaron á Estrasburgo para la ceremonia.

Pero otros sabios conjeturan que pertenece á época mas reciente, y por el género de la pintura deducen que no puede ser anterior al siglo XV. El número dudoso es, á sus ojos, un 4, y por lo tanto, sería del año 1488. En este último caso el cuadro no sería modelo de las banderas, sino copia de ellas.

La cuestión está en suspenso.

Sea como fuere, la antigüedad de la pintura es incontestable, no menos que su mérito. Deslumbra de riqueza. Todo el fondo del cuadro es de oro. La



La antigua bandera de Estrasburgo.

Virgen viste un amplio ropaje de anchos pliegues admirablemente modelados; toda la vestidura está galoneada de oro enriquecida con piedras preciosas y forrada de púrpura. La corona de la Virgen es también de oro y pedrerías.

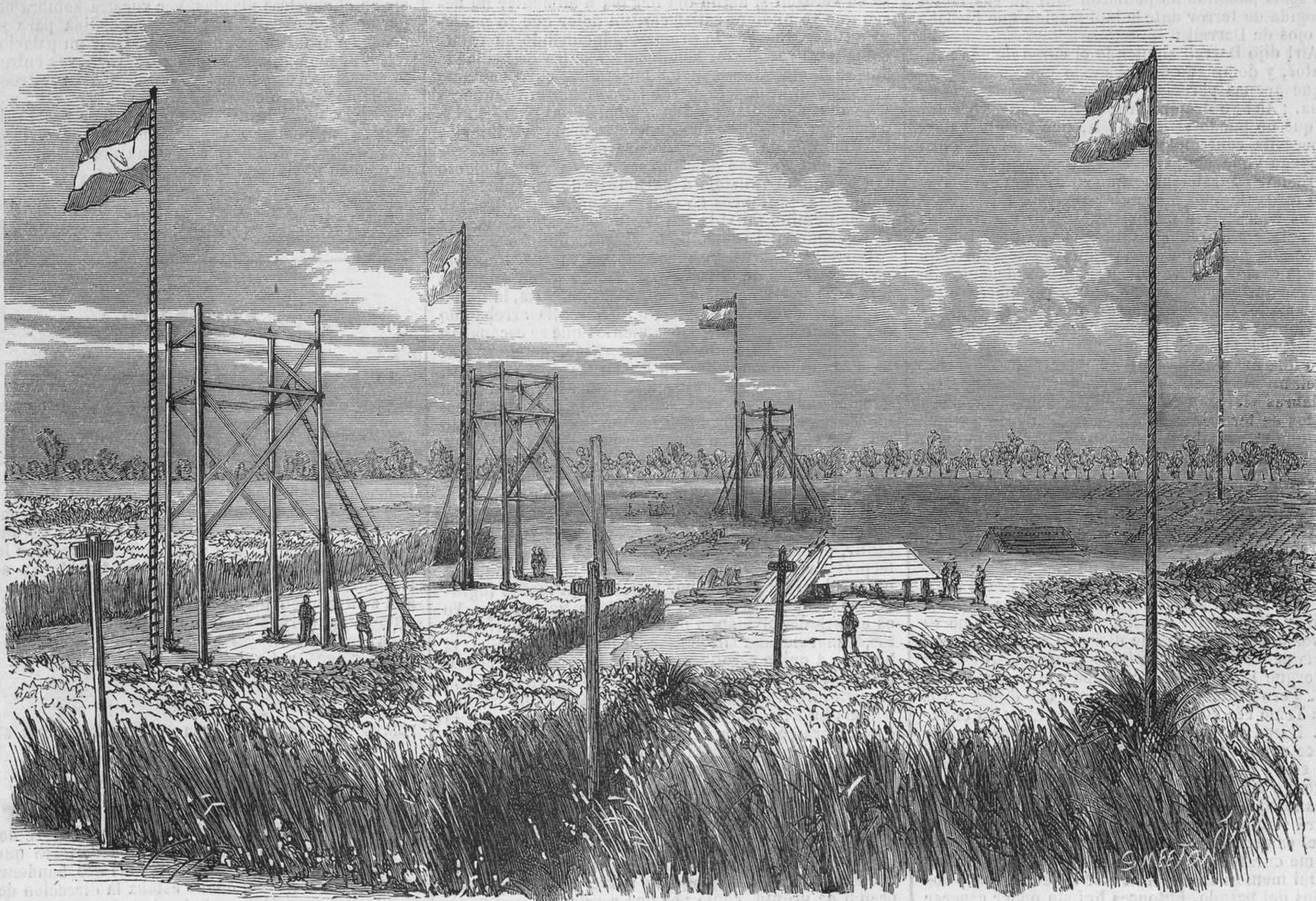
El Niño Jesús lleva una túnica purpurina forrada de verde claro y ribeteada de oro: en una mano tiene la flor de lis de Estrasburgo y extiende la otra para bendecir con tres dedos abiertos, según el rito latino.

La Virgen está sentada en un almohadon purpurino oscuro con ricos bordados de oro; y el almohadon está sobre un sillón de oro y púrpura de un trabajo magnífico.

A cada lado de este grupo majestuoso se ven figurados dos escudos de Estrasburgo, plata y encarnado ó gules, en término heráldico.

— Con este precioso dibujo damos otro de actualidad, también relativo á Estrasburgo: figura los preludios de las nuevas obras de fortificación que van á levantar los alemanes en la ciudad medio deruida por sus proyectiles.

R. S.



ESTRASBURGO BAJO LA DOMINACION ALEMANA. — Andamios elevados en torno de la ciudad para comenzar las nuevas fortificaciones.